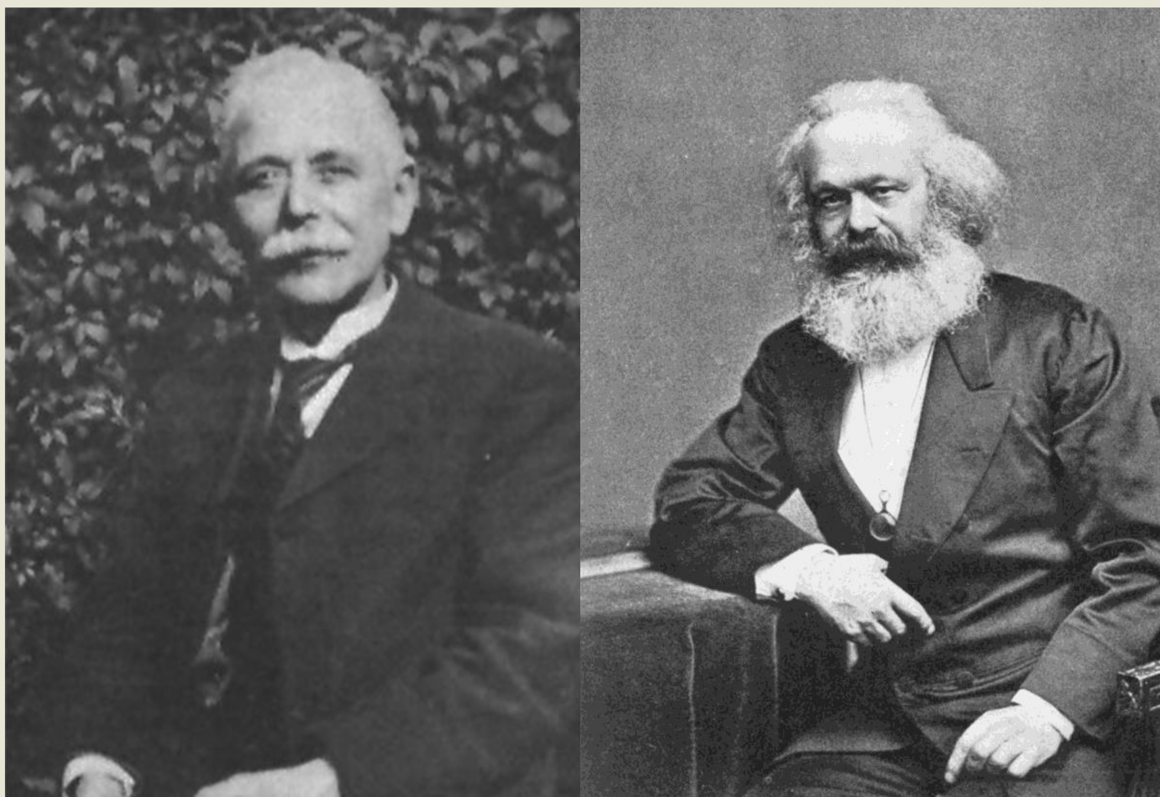


El bastardo de Marx

http://www.elbastardodemarx.com

Las hijas y el hijo ilegítimo de Karl Marx – Una novela documental





J. C. Ruiz Franco

Juan Carlos Ruiz Franco

http://www.jcruizfranco.es

La vida de Karl Marx fue fascinante, llena de lucha revolucionaria, erudición, creación teórica y conflictos. No puede dudarse de que el carácter influye en los pensamientos y las creencias, y este caso no iba a ser distinto. En este libro, con el pretexto de la existencia de un hijo ilegítimo que Marx tuvo con su criada, Helene Demuth, narramos los acontecimientos más importantes de la vida de la familia y de los amigos más cercanos, a la vez que efectuamos una descripción psicológica de todos ellos.

A pesar de sus deseos de vivir como un aristócrata, con grandes lujos y sin trabajar, el adalid del proletariado llevó una existencia muy difícil durante largos años, y varios de sus hijos murieron siendo pequeños por culpa de su mala situación económica. De las tres hijas que llegaron a la edad adulta, una murió con treinta y nueve años por un cáncer de vejiga, otra se suicidó con cuarenta y tres, y la tercera se suicidó cuando tenía sesenta y seis. Con ellas se extinguió el apellido Marx de la familia, ya que el único varón que sobrevivió a la niñez fue Freddy, el hijo no reconocido, el bastardo de Marx.

1

Yo, Jenny Julia Eleanor Marx, habitualmente llamada por mi tercer nombre y conocida por mis familiares y amigos íntimos como “Tussy”, en plenitud de facultades —o al menos hasta el punto en que me lo permiten los dolores que los sentimientos me infligen— decido voluntariamente acabar con mi vida a la edad de cuarenta y tres años, para evitar seguir padeciendo por culpa de este débil carácter mío, azotado por los vaivenes de la vida que no soy capaz de soportar y por los chantajes emocionales a los que mi querido y enfermo Edward[1] me somete. No, no me refiero a que esté enfermo físicamente; yo me ocupé de cuidarle bien para que sanara de la fuerte gripe que pasó en invierno, si bien es cierto que ahora se encuentra convaleciente de la operación del riñón. No, su principal enfermedad no es física. Su enfermedad ha sido siempre moral y se ha ido acentuando con los años, a medida que ha ido perdiendo la poca bondad que podía conllevar la juventud para una mente retorcida desde el mismo momento de nacer. Quiero suponer que en el fondo no quiere hacerme daño porque me ama, aunque sólo sea en un pequeño rincón de su malvado corazón. Es más bien que no puede actuar de

[1] Edward Aveling, escritor y político inglés. Fue la pareja de Eleanor Marx durante quince años, sin casarse con ella.

otro modo. Ya decía Sócrates hace más de dos mil años que quien obra mal es en realidad un ignorante, porque si conociera la bondad y todo lo que implica no podría sino obrar bien.

Edward, de alguna manera, debe de haber hecho suya esa forma de ser; habrá corroído su interior, se habrá hecho dueña de la parte del cuerpo que se ocupa de los sentimientos. Y por eso se porta así conmigo, por eso me hace sufrir. Por eso pone esa cara de arrogante indiferencia cuando necesita que lo cuide, y se comporta como una hiena cuando está sano, se encuentra con fuerzas y quiere humillarme. Por eso amenazó con hacer público el asunto de Freddy[2] si no le daba el dinero que me quedaba de la herencia de Engels, el General[3]. Cuando éste me dijo quién es el verdadero padre de Freddy creí morir; fue el golpe más duro de mi vida. De repente, mi querido padre, que para mí ocupaba el más alto de los pedestales, cayó para ponerse al mismo nivel del resto de los mortales, con todas sus miserias morales. Me desahogué contando el asunto a Edward, quien con gusto me ofreció su hombro para que yo llorase. Pero luego se aprovechó, y en el momento más oportuno me amenazó con contárselo a todo el mundo si yo no le daba lo que me quedaba de la herencia del General. Y claro que tuve que dárselo. No podía permitir la total y pública deshonra que supondría que los miembros del partido, nuestros enemigos y el mundo entero supieran que Karl Marx era el padre de Freddy Demuth, que tuvo un hijo ilegítimo con Helene y que Engels accedió a cargar con la paternidad para salvar las apariencias. No, ese deshonor sería insoportable para mí y para nuestra familia, y dañaría irremisiblemente nuestra imagen y la del partido, ya que daría a entender que mi padre habría obrado de forma miserable. Así que tuve que ceder al chantaje y darle el dinero que me exigía.

[2] Freddy Demuth, el hijo ilegítimo que Karl Marx tuvo con Helene Demuth, su criada.
[3] “General” es el apodo con el que los amigos solían llamar a Engels.



Edward Aveling

Seguramente también porque es un enfermo moral pidió dinero prestado a Freddy, y en lugar de devolvérselo le ha ido ofreciendo vagas excusas e incluso ha vuelto a exigirle más y le trata desconsideradamente. Por eso se porta así con todos de los que puede obtener algún provecho, sea material o intelectual.

Han sido muchos años de convivencia desde aquel día de 1885 en que decidí irme a vivir con él, después de un tiempo de relación que siempre escondí a mi *dear daddy* mientras estuvo con vida. Cuando yo era más ingenua de lo que soy ahora quedé deslumbrada por su impecable aspecto de hombre de mundo, su amor hacia el teatro, sus escritos científicos, su brillante oratoria y su aureola de librepensador. Además, siempre habló bien de mi padre y ayudó a traducir *El Capital* al inglés. Ahora que lo pienso, debo reconocer que también me atrajo que fuera un mujeriego. Es curioso cómo muchas se sienten atraídas por ese tipo de hombres, sin importarles ser engañadas debido a su irresistible atracción hacia otras mujeres. Debe de tener alguna relación con nuestro carácter animal, porque por lo demás no tiene ningún sentido lógico. No me importó que estuviera casado y que su mujer —Bell— no quisiera darle el divorcio. Simplemente lo consideré mi esposo a todos los efectos, sin necesidad de documentos que aprobaran nuestra relación. Y por supuesto tampoco me importó lo que la gente pensara de mí. Al contrario, siempre quise dar ejemplo como mujer liberada que soy.

Desde el principio le fui perdonando sus faltas; algunas eran pequeños detalles, otras no tanto. Por ejemplo, eso de que me mintiera diciendo que tenía antepasados franceses e irlandeses —siempre admiré a los revolucionarios franceses y a los irlandeses que luchan por su independencia de Inglaterra— fue una minucia; pero no lo fue que robara en varias ocasiones el dinero de nuestros camaradas, como hizo cuando durante nuestro viaje por los Estados Unidos.

El General siempre le defendió de las acusaciones que lanzaban contra él. Pero debió ser el único, o uno de los pocos, a quienes gustaba, hasta el extremo de que nunca se dio cuenta de que sus amistades dejaron de asistir a sus reuniones para no coincidir con Edward. Para la inmensa mayoría no es más que un granuja que sólo intenta aprovecharse de los hombres pidiéndoles dinero y de las mujeres poseyendo su cuerpo. El General es uno de los pocos con quien no se ha portado como un miserable —no sé si por honradez o por interés propio—, y cuando murió le dedicó un bonito obituario, que ha sido una de las pocas muestras de bondad que ha demostrado en los últimos años.

> Engels medía aproximadamente seis pies, y hasta su última enfermedad era un hombre de porte erguido, militar, que llevaba con facilidad la carga de sus más de setenta años. Ese porte militar, y el paso rápido y enérgico, guardan cierta relación con el nombre que sus amigos íntimos le daban: el General (…)
>
> Engels era capaz de hablar con cada persona en la lengua materna de ésta. Al igual que Marx, hablaba y escribía a la perfección alemán, francés e inglés, y casi con la misma perfección italiano, español y danés; también sabía leer y hacerse entender en ruso, polaco y rumano; por no mencionar lenguas no vivas como el latín y el griego. Cada día, con cada correo, llegaban cartas y periódicos escritos en todas las lenguas europeas, y era sorprendente ver cómo, además de ocuparse de todo su trabajo, tenía tiempo de leerlas, ordenarlas y conservar lo esencial en su memoria. Cuando alguno de sus escritos o de los de Marx se traducía a otra lengua, los traductores le enviaban siempre los trabajos para su revisión y corrección (…)
>
> Ahora bien, no sólo por su facilidad para los idiomas, sino en otros muchos sentidos, era Engels un admirable anfitrión. Era la hospitalidad en persona, y tenía unos modales excelentes. Al igual que el hombre que Richard Steele cita en *The Spectator*, “estaba dotado de la inclinación natural a realizar cosas agradables”. Durante los días de la semana vivía en la mayor sencillez, a menos que alguno de nosotros fuera a visitarle, desayunar o comer con él. Pero los domingos era una verdadera alegría poder contemplar cómo le divertía agasajar a sus amigos con lo mejor que podía encontrar (…)
>
> Engels fue uno de los hombres más altruistas del mundo. Su propia presencia ya resultaba estimulante, y lo mismo cabía decir de su valor y su optimismo. Cuando algunos de los más jóvenes desesperaban y querían abandonarlo todo, ese invencible combatiente nunca perdía la cabeza, sino que daba ánimos a los más débiles. En nombre de todos aquellos que durante los últimos años le vieron cada domingo, e incluso varias veces por

semana, quisiera decir que su pérdida resulta sencillamente irreparable. Él era el hombre al cual se podía dirigir uno ante cualquier dificultad que se presentara, y siempre se podía seguir su consejo. Su saber enciclopédico estaba en todo momento a disposición de sus amigos. Incluso especialistas de diferentes campos del saber tuvieron que admitir que Engels conocía dicho campo mejor que ellos mismos. Así, en las ciencias naturales siempre era capaz de conferir una nueva idea, ayudar un poco más, cualquiera que fuera la rama o el aspecto de un ámbito sobre el que se le hacía alguna pregunta.

En cuanto a la política, ese campo por el que se interesaban todos sus amigos, todos acudían a él para recibir instrucción. No sólo conocía las bases fundamentales, sino también los más pequeños detalles de la evolución económica, histórica y política de cada país (…)

Su vida fue hermosa, y él la amaba. A veces creo que bien pudo haber pensado, igual que Sócrates: “Cuando toda razón haya pasado y la muerte sólo sea como un profundo sueño sin ensueños, en el cual nos sumimos a veces, qué deseable sería entonces la muerte”. Con su saber, con su obra, su confianza en el futuro del movimiento, su ejército de amigos —entre los que Marx era naturalmente el primero y último, su todo—, con su enorme alegría de vivir, tenía más razones que otros muchos para aferrarse a la vida y estimarla. Ahora bien, tampoco sentía el mínimo temor ante la muerte.

Es curioso ver cómo Edward logra conquistar a casi todas las mujeres con las que entabla relación. Y es que su forma de hablar y sus modales compensan con creces su notable fealdad, y precisamente esa fealdad le convierte en más atractivo porque induce a creer en una inmensa belleza interior y en un sinfín de cualidades como hombre. Por eso se ha dicho de él que no necesita más que una ventaja de media hora sobre el hombre más guapo de Londres para conquistar a cualquier mujer.

Reconozco que nunca pude soportar sus infidelidades, sus *affairs*. Se aprovechaba de que no estábamos casados, de que el nuestro era un *common-law marriage* e insistía en que éramos libres de tener relaciones con otras personas, puesto que éramos dos antiburgueses sin prejuicios. Yo no podía tragar con eso, pero él siempre se salía con la suya y a mis enfados contestaba con indiferencia o —aun peor— con sus terribles silencios acompañados de esa mirada acusadora tan característica suya. Bien dicen que una imagen vale más que mil palabras. A Edward no le hacía falta decir nada; le bastaba con mirarme para vencerme. Sabía que contaba con esa ventaja, y de ella se aprovechó siempre que le convino.



Eleanor Marx

Si lo pensamos fríamente, con la objetividad propia del materialismo dialéctico de la que habla el General en sus libros, no sé por qué he aguantado tanto tiempo a su lado. Es posible que la explicación sea que dependí emocionalmente del Moro —un padre autoritario— mientras estuvo vivo, y que, una vez muerto él, ante mi incapacidad para llevar una vida independiente, tuve que aferrarme a otra persona que le sustituyera. Con esto no quiero decir que Edward se parezca a mi padre, pero sí es posible que para mí haya sido un sustituto suyo. Soy materialista y no creo mucho en esas cosas, pero he leído algo sobre un filósofo alemán, un tal Hartmann, y sobre dos médicos vieneses, Breuer y Freud, que hablan sobre la parte inconsciente de nuestra mente y todo lo que hacemos de forma involuntaria, sin querer.

Todo lo que llevo dicho lo tenía yo asumido como parte de su terrible carácter; incluso que me abandonara a finales de agosto del año pasado. Cogió todo el dinero y los objetos de valor que pudo y se marchó dejándome en la peor de las situaciones, tanto económica como emocional. Ya había dado muestras de infidelidad, pero ese acto fue demasiado incluso para él. Se limitó a decirme que no intentara averiguar su paradero bajo ninguna circunstancia, que no intentara comunicarme con él, y que si quería decirle algo importante lo hiciera a través de un actor con el sobrenombre de "M". Y yo, como tonta que soy, hice todo lo posible porque Freddy supiera algo sobre él por medio del tal "M" y para que le convenciera de volver a mi lado.

De: Eleanor Marx

A: Freddy Demuth

El Nido, 30 de agosto de 1897

Querido Freddy:

¡Por supuesto, tampoco he recibido ni una línea esta mañana! ¿Cómo puedo agradecerte toda tu bondad y atención hacia mí? Pero, en realidad, te doy las gracias desde lo más hondo de mi corazón. Escribí una vez más a Edward esta mañana. No hay duda de que es un síntoma de debilidad, pero uno no puede olvidar catorce años de vida de un plumazo. Creo que cualquiera con el más mínimo sentido del honor, por no hablar de sentimientos de bondad y gratitud, contestaría a la carta. ¿Lo hará? Mucho me temo que no.

Mientras tanto, veo que "M" actúa esta noche en el Teatro "G". Si Edward está en Londres, seguro que irá allí; pero tú no puedes ir, y yo creo que no podré hacerlo (…)

Mañana por la tarde tiene lugar el evento de "S". Lamento transmitirte todos estos problemas, pero ¿podrías ir tú? Se reúnen a las 8 en punto y se quedarán hasta las 10, así que si vas sobre las 9 o las 9:30, podrás averiguar de qué han hablado. Podrías preguntar si él se ha pasado por allí. Entonces lo sabrías, en cualquier caso. Si él está allí, podrías ponerte a su lado —delante de otras personas no podrá rehuirte— y esperarle hasta que la reunión haya terminado. Después puedes asegurarte de si va a venir aquí; si descubres que simplemente está mintiendo, ve con él a London Bridge. Después ve con él, y di que me habías dicho que tú ibas a asistir y que has llegado tarde por culpa del trabajo (...) Entonces el tendrá que decirte si no va a venir —y tú tendrás oportunidad de hablar con él— o si va a venir. No creo que sea muy probable; pero, de cualquier modo, espero que vayas a la reunión y averigües si él está allí.

Siempre tuya

Tussy

Edward estuvo ausente del Nido[4] todo el tiempo que quiso, y luego volvió también cuando le vino en gana, pero no con las orejas gachas, sino con toda la arrogancia de que sólo él es capaz. Y volvió —lo sé bien— porque ya se sentía enfermo, porque vaticinaba la terrible enfermedad que iba a padecer. Volvió sin previo aviso ni más explicación que unas líneas escritas. Pero tuvo el descaro de no decir nada al llegar. Incluso esperaba que le ofreciera una cálida bienvenida y que yo diera las explicaciones.

[4] El "Nido" es la forma con que Eleanor Marx se refería a su casa.

Porque lo cierto es que se sintió ofendido —o al menos eso dio a entender con su actitud— al preguntarle los motivos de su conducta.

De: Eleanor Marx

A: Freddy Demuth

1 de septiembre de 1897

Querido Freddy:

Esta mañana he recibido una nota que dice “Vuelvo. Estaré en casa mañana” (es decir, hoy). Después un telegrama “En casa definitivamente, 1:30”.

Me encontraba trabajando, porque incluso con el corazón roto tenemos que trabajar —en mi habitación—, y Edward pareció sorprendido y bastante “ofendido” por no arrojarme en sus brazos. Hasta ahora no se ha disculpado ni me ha dado ninguna explicación. Yo —tras esperar que comenzara él— dije que se debe tener en cuenta la situación, y que nunca olvidaré el trato que he recibido. Él no dijo nada. Dije que tú tal vez vinieras por aquí, y si puedes, ven mañana o cualquier tarde de esta semana; confío en que lo harás. Estaría bien que tuviera que enfrentarse a ti en mi presencia, y a mí en la tuya. Así que, si puedes, ven mañana. Si no, hazme saber cuándo podrás.

Querido Freddy, ¡cómo podré agradecértelo! Te estoy muy, muy agradecida. Cuando te vea, te diré lo que dijo “C”.

Siempre mi querido Freddy

Tu Tussy

Su única respuesta fue la indiferencia. Tuvo la poca vergüenza de sentirse ofendido y de ignorarme ante la ausencia de una disculpa por mi parte. ¡Como si yo hubiera tenido la culpa de todo! Ante su silencio, le insistí, y esa misma noche tuvimos una fuerte discusión; breve, pero bastante subida de tono. Dejando a un lado el aspecto sentimental y pasando al más práctico, se gastó todo lo que se había llevado. ¡Todo! Y para colmo me hizo el peor de los chantajes: me dijo que se quedaría conmigo sólo si le daba el resto de la herencia de Engels. Y yo, como tonta, accedí porque le necesitaba a mi lado, porque dependía de él emocionalmente, y él lo sabía bien. Y accedí también a la condición de que gozaría de total libertad para ir donde quisiera y con quien quisiera.

De: Eleanor Marx

A: Freddy Demuth

2 de septiembre de 1897

Querido Freddy:

Ven esta tarde, si puedes. Es para mí una vergüenza comprometerte, pero me encuentro muy sola y estoy afrontando la más horrible de las situaciones: ruina total; todo, hasta el último penique, es decir, desgracia completa. Es horrible; peor de lo que podía imaginarme. Y quiero consultarlo con alguien. Sé que debo ser yo quien decida finalmente y asumir la responsabilidad; pero algún pequeño consejo y amistosa ayuda sería de gran valor. Así que, mi queridísimo Freddy, ven aquí. Estoy desconsolada.

Tu Tussy

En noviembre sufrió un ataque de gripe y aquí le tuve, cuidándole como si fuera su fiel esposa; tal vez con la ilusión de serlo en esos momentos. La enfermedad le golpeó muy fuerte. Sufrió una fiebre muy alta durante muchos días y se quedó tremendamente débil y delgado, prácticamente en los huesos, hasta el extremo de que los médicos dijeron que el más leve resfriado sería fatal para él. A comienzos de enero le pagué un viaje a Hastings en busca de un mejor clima para su salud. Pero su actitud hacia mí no cambiaba, a pesar de todos mis desvelos. ¿Cómo se puede ser tan ingrato?

De: Eleanor Marx

A: Freddy Demuth

El Nido, 13 de enero de 1898

Mi querido Freddy:

Estábamos muy apenados por no verte, y más sabiendo que estabas enfermo. Sí, a veces, igual que tú, siento que nada nos va bien. Me refiero a ti y a mí. Por supuesto, la pobre Jenny tuvo su buena ración de pena y dolor, y Laura perdió los niños que tuvo. Pero Jenny fue lo bastante afortunada para morir, y aunque eso fue muy triste para sus hijos, a veces creo que para ella fue una suerte. No me hubiera gustado que Jenny tuviera que vivir lo que estamos pasando ahora. No creo que tú y yo seamos personas malvadas; y sin embargo, querido Freddy, parece como si recibiéramos todos los castigos. ¿Cuándo podrás venir? ¿No este domingo, pero sí el siguiente? ¿O durante la semana? Quiero verte. Edward está mejor, pero muy, muy débil.

Tu Tussy

Han pasado casi seis meses desde su huida de casa. Se puso enfermo, le cuidé y le pagué un viaje por el bien de su salud. A finales de enero volvió a casa del balneario, pero su antigua enfermedad renal se manifestó en forma de tumor y nos dijeron que era necesario operarle. A pesar de todos mis cuidados y apoyo, se siguió mostrando brutalmente egoísta.

De: Eleanor

A: Freddy Demuth

3 de febrero de 1898

Estoy contenta de que estés un poco mejor. Deseo que estés lo suficientemente bien para venir y estar conmigo desde el sábado hasta el lunes, o al menos hasta el domingo por la noche. Es brutalmente egoísta, lo sé; pero, querido Freddy, tú eres el único amigo con el que puedo ser totalmente sincera, y por eso me encanta verte.

Debo afrontar problemas muy graves, en su mayor parte sin ayuda (porque Edward no ayuda ni siquiera ahora), y apenas sé qué hacer. Todos los días recibo demandas de dinero que tengo que pensar cómo afrontar, además de la operación y todo lo demás, no sé. Creo que es de mala educación compartir contigo los problemas, pero, querido Freddy, tú conoces la situación; y a ti te puedo decir lo que no actualmente no le diría a nadie. Se lo diría a mi querida vieja Nymmy[5], pero, como no la tengo, sólo te tengo a ti. Así que olvida mi egoísmo y ven si puedes.

Edward ha ido hoy a Londres. Va a visitar médicos y a otras cosas. ¡No me permite ir con él! Esto es una pura crueldad, y hay cosas que no quiere contarme. Querido Freddy, tú tienes a tu hijo, pero yo no tengo a nadie; y no tengo nada por lo que valga la pena vivir.

De: Eleanor Marx

A: Freddy Demuth

5 de febrero de 1898

Mi querido Freddy:

---

[5] "Nimmy" es uno de los apodos con los que la familia y los amigos llamaban a Helene Demuth.

Me duele saber que no vas a venir mañana. Siendo justos, déjame decir que Edward no pensaba pedirte dinero de nuevo. No sabes lo enfermo que está. Quería verte porque cree que no te volverá a ver después de la operación.

Querido Freddy, conozco la pureza de tus sentimientos hacia mí y lo que te preocupas por mí. Pero creo que no entiendes todo; yo sólo estoy empezando a hacerlo. Pero veo cada vez con mayor claridad que la maldad es sólo una enfermedad moral, y el moralmente sano (como tú) no está en condiciones de juzgar la condición del moralmente enfermo; igual que la persona físicamente sana difícilmente puede darse cuenta de la condición del físicamente enfermo.

A algunas personas les falta el sentido de la moralidad, igual que algunas son sordas, o ven mal, o tienen otra enfermedad. Y estoy empezando a entender que no tenemos más derecho a culpar a una enfermedad que a otra. Debemos probar y curar, y, si la cura no es posible, hacer todo lo que podamos. He aprendido esto por medio de un largo sufrimiento, un sufrimiento de formas que ni siquiera te voy a contar a ti; pero he aprendido, y por eso estoy intentando soportar este problema lo mejor que puedo.

Queridísimo Freddy, no creas que he olvidado lo que Edward te debe (me refiero al dinero; la amistad es incalculable), y por supuesto recibirás lo que te debe. Tienes mi palabra. Espero que Edward ingrese en el hospital la semana próxima. Espero que sea pronto, porque esta espera le está sentando terriblemente. Te haré saber las noticias definitivas, y espero con todo mi corazón que pronto estés mejor.

Tu Tussy

De: Eleanor Marx

A: Freddy Demuth

7 de febrero de 1898

Mi queridísimo Freddy:

Me atrevo a decir que estoy tan preocupada que no fui del todo clara. Pero no me has entendido y yo estoy demasiado afligida para explicarme. Edward ingresa mañana en el hospital y le operan el miércoles. Hay un dicho francés que dice que entender es perdonar. Tanto sufrimiento me ha enseñado a entender, y por eso ni siquiera necesito perdonar. Sólo puedo amar.

Querido Freddy. Me alojaré muy cerca del hospital, en el 135 de Gower Street, y te haré saber cómo van las cosas.

Tu vieja Tussy

De: Eleanor

A: Freddy Demuth

20 de febrero de 1898

Mi queridísimo Freddy:

Me llevé a Edward a casa el jueves, ya que los médicos pensaron que estaría mejor aquí que en el hospital (¡Vaya un hospital más horrible!), y quieren que vaya a Margate (…) Ya entenderás; de todas formas yo debo seguir con esto y ahora debo hacerme cargo de él. Querido Freddy, no me culpes. Creo que no lo harás porque eres bueno y sincero.

Tu Tussy

De: Eleanor Marx

A: Freddy Demuth

1 de marzo de 1898

Mi queridísimo Freddy:

No creas que no te escribo porque me he olvidado de ti. Es sólo que estoy cansada y a menudo no tengo fuerzas para escribir. No puedo decirte lo contenta que estoy de que no me culpes demasiado, ya que pienso que eres uno de los más grandes y mejores hombres que he conocido.

Son malos tiempos para mí. Creo que hay pocas esperanzas, y sí hay mucho dolor y sufrimiento. Cómo logramos seguir es todo un misterio para mí. Estoy lista para irme, y lo haría con gusto. Pero mientras quiera ayuda, estoy destinada a quedarme.

Lo más bonito, y la única cosa que me ayuda, es la amabilidad de todo el mundo. No puedes imaginarte lo buenas que son para mí todas las clases de personas, y la verdad es que no sé por qué.

Y estoy muy orgullosa de que la Federación de Mineros y la Unión de Mineros, como si no hubiera sido retribuida por mi trabajo de traducción en el Congreso Internacional de Mineros (¡fue un trabajo de verdad!) el pasado mes de junio, me han enviado un pequeño portafolios y una pluma estilográfica. Me siento avergonzada de aceptar ese regalo, pero no puedo evitar hacerlo. ¡Y la verdad es que me agrada!

Querido Freddy, ¡cómo me gustaría poder verte! Pero supongo que no puede ser precisamente ahora. Tu Tussy.



Edward Aveling

De: Eleanor Marx

A: Natalie Liebnecht

1 de marzo de 1898

(…) No conocerías a mi pobre Edward si lo vieras ahora. Está en los huesos y apenas puede andar unos metros (…) A veces me cuesta saber cómo voy a aguantar. No es sólo esta terrible ansiedad, sino las dificultades materiales. Nuestros ingresos conjuntos son muy pequeños y los gastos actuales son enormes: médicos, facturas de la farmacia, sillas de ruedas para salir a pasear, etc., a lo que se añaden los gastos de mantenimiento de la casa; todo ello supone una gran cantidad. Te hablo con tanta franqueza porque sé que lo entenderás.

De: Eleanor Marx

A: Kautsky

20 de febrero de 1898

Me temo que hay muy pocas esperanzas de una recuperación definitiva. Hoy ha andado un poco, apoyado en mi brazo y en un bastón (…) Esta es, como ya puedes suponer, una época de terrible ansiedad en todos los sentidos.

De Eleanor

A Olive Schreiner

29 de marzo de 1898

Estoy segura de que Edward me va a abandonar. Lo presiento y sería una completa idiota si no lo presintiera. La manera como él me trata, con tanta frialdad, tanta indiferencia, tanta crueldad

Ser rechazada, ahora sé lo que es. De nada me sirve saberlo y saber que no debería sentirme así, pero estoy demasiado débil para poder escapar de esas cargas insoportables que nos impone la sociedad. Si en cierta forma logré, en mi vida, escapar de algunas de ellas, en cambio de otras no lo hice antes ni lo hago ahora. Cuando lo pienso racionalmente, sé que estoy siendo injusta conmigo misma al sentirme así; pero por más que trato de evitarlo no puedo, y me avergüenzo de haber sido tratada de esa manera (…)

Cuántas veces estuvimos de acuerdo en que el suicidio era un derecho de cualquier persona que no pudiera o no quisiera vivir. Sabíamos hasta el veneno que utilizaríamos, nada parecido al polvo blanco, el horrible arsénico de Emma Bovary que le provocó una muerte horrorosa y lenta, queríamos algo rápido, y tú decías que usarías una pistola al borde de un abismo y te darías un tiro en el corazón o en la cabeza, esos dos grandes culpables de todos los sufrimientos humanos, pero yo dije que no. ¿Te acuerdas? Yo dije que quería morir en la cama, preferiblemente con una bonita dormilona blanca, mi color favorito, el color del inicio, pero también el color de la nada (…)

Muchas veces estoy casi segura de que él se va a morir. En cierto modo, llego a desearlo. No sé si me puedes entender. Sé que a veces soy insoportablemente egoísta al pensar así, pero a veces casi anhelo que éstos

sean sus últimos días. Porque eso, de alguna manera, me da fuerzas para ser paciente y tratar de entenderlo y perdonarlo. Perdonar su enfermedad moral. Perdonarme. Perdonarnos a los dos

----

Todas sus infidelidades y sus menosprecios eran algo habitual para mí, ya estaba acostumbrada, pero lo que no he podido asimilar y ha acabado de hundirme ha sido enterarme de que se casó hace diez meses con una tal Eva Frye, una *amateur actress* de sólo 22 años. Imagino que no pudo resistir la tentación de añadir una nueva conquista a su larga lista; sin olvidar el hecho de volver a sentirse joven al tener entre sus manos carne fresca, mientras la suya envejece rápidamente. Supongo que se casó porque de lo contrario ella no habría consentido en tener sexo con él, o bien porque ya lo había tenido y la dejó embarazada. Quién sabe. Lo que me duele es que, de ser la verdadera esposa durante trece años —aun sin pasar por el juzgado, ni maldita la falta que me hacía—, me he convertido en la amante. Y además en la amante que está a punto de ser abandonada a pesar de todo lo que ha hecho por su hombre. Me enteré ayer de todo gracias a una carta escrita por la propia Eva en la que le exige que se vaya a vivir con ella, su legítima esposa, y que de paso se lleve el dinero que le corresponda de lo tenido en común conmigo. Cuando fui a informarle sobre la llegada de la carta —y de paso a dejarle bien claro que conozco el embrollo—, con toda la frialdad del mundo me dijo que el asunto no tiene importancia, me acusó de exagerada y se negó a dar más explicaciones. Por la noche me anunció que hoy iría a Londres solo —seguramente a ver a su esposa, a pesar de su mal estado de salud—, y eso ha hecho esta mañana.

Menos mal que durante todo este tiempo he tenido a mi lado a Freddy, que, aunque sólo es mi medio hermano y él ni siquiera lo sabe, se ha portado como si fuera un hermano de verdad, como si no hubiera sufrido la terrible injusticia que ha tenido que soportar tantos años. A menudo me pregunto cómo fue posible que mi padre no le aceptara de ningún modo y que el General no quisiera ni verle. A pesar de ser tan buenas personas, cometieron esta terrible injusticia con el pobre Freddy. Bueno, en realidad mi padre durmió en una ocasión en la misma casa que Freddy. Fue en 1882, cuando ya había muerto Möhme[6] y el Moro se sentía terriblemente solo. Supongo que buscando compañía y para saber qué habría sido de su hijo ilegítimo, se enteró de dónde vivía y acudió a su casa para charlar con él. Por supuesto, no le reveló el terrible secreto.

De: Eleanor Marx

[6] "Möhme" es un diminutivo de "madre", en alemán. Era la forma con que las hermanas Marx llamaban a su madre, Jenny Marx von Westphalen.

A: Laura Marx

19 de diciembre de 1890

> (…) Freddy se ha portado admirablemente en todos los sentidos, y la irritación de Engels contra él es tan injusta como incomprensible. Supongo que a ninguno de nosotros nos gusta afrontar nuestro pasado, en carne y huesos. Siento que siempre que veo a Freddy es con una sensación de culpa y de haber obrado mal. ¡La vida de ese hombre! Oírla contar supone para mí una gran pena y una vergüenza a la vez (…)

Debe ser verdad eso que dicen de que los grandes hombres tienen grandes defectos. En el fondo no se lo puedo reprochar a ninguno de los dos, en parte porque entiendo lo que les debió preocupar que se pudiera hacer público el asunto —con el duro golpe que eso habría supuesto para el movimiento socialista— y en parte porque pocos son capaces de enfrentarse con las faltas cometidas en el pasado: uno por haber sido infiel a su mujer (mi madre) y el otro por haber consentido el encubrimiento y haber participado en él haciéndose pasar por el padre de Freddy. Conozco bien la historia porque he tenido en mis manos toda la correspondencia de los protagonistas.



Leon Phillips

Todo comenzó cuando, en agosto de 1850, mi madre viajó a Holanda para pedir ayuda al tío de mi padre, Leon Phillips. Supongo que el Moro abordó a Lenchen porque se sentía solo, o tal vez fue su apetito viril lo que le llevó a acercarse a ella. Sea como fuere, hubo un *affair* entre los dos, lamentablemente para ellos quedó embarazada y pronto fue imposible ocultárselo a mi madre. En marzo de 1851 nació Franziska, mi hermana, que sólo llegó a vivir un año, y en junio sucedió lo inevitable, el nacimiento del hijo de Helene. Aún me impresiona ver el laconismo de mi madre en sus memorias al referirse al acontecimiento.

> A comienzos del verano de 1851 ocurrió algo de lo que no volveré a hablar, pero que aumentó en gran medida nuestras preocupaciones privadas y públicas.

Por supuesto, Möhme se refería al nacimiento de Freddy, que vino al mundo el 23 de junio de 1851, en la casa que mi familia ocupaba en el número 28 de Dean Street, en el Soho[7]. Por lo que yo sé, mi padre era bastante vigoroso, con un fervor sexual bastante marcado, y mi madre le complacía todo lo que podía. Además, a pesar de nuestras ideas avanzadas, mi padre seguía creyendo en sus derechos y prerrogativas como varón, por encima de la mujer. Por eso mismo tuvieron tantos hijos a pesar de su mala situación económica. Lenchen[8], en cierto sentido, era como su segunda mujer, ya que se hacía cargo de casi todos los asuntos cotidianos de la familia. En ausencia de mi madre, con la potencia sexual de mi padre y a su lado una mujer de treinta años de buena presencia, que además habría hecho cualquier cosa por él, la situación en conjunto le incitó a tener relaciones con Helene, que posiblemente accedió con gusto, dado el cariño y la admiración que sentía por el Moro. Mi madre estaba lejos y no tenía por qué enterarse de nada. Pero la naturaleza jugó una mala pasada en forma de hijo no deseado.

La buena de Lenchen era alemana, como mis padres, y nació el 31 de diciembre de 1820 en Saarland. Su padre, descendiente de campesinos, era panadero, pero el negocio no iba bien y la familia era pobre. Ninguno de los hijos recibió formación, y con sólo diez años Helene fue enviada como criada a una familia de Tréveris. No encajó bien en su primer destino, ni en el segundo, y después de varias mudanzas acabó llegando a la casa de los Westphalen, la familia de mi abuelo, el padre de mi madre, en 1833. Allí encontró por fin una familia hospitalaria que la trató bien, lo cual agradeció toda su vida. Y en 1845, dos años después de que mis padres se casaran, mi abuela se la envió a mi madre cuando estaba en Bruselas, a modo de regalo de bodas tardío, sabedora de que era el mejor presente que podía hacerle. No se equivocaba, porque gracias a ella pudo la familia sobrevivir en los peores momentos, y se mantuvo fiel aunque pudo haberse ido a otra casa más próspera, donde habría vivido mejor. En cierto sentido, en aquellos tiempos se sentía parte de la familia y a la vez una especie de sierva, propiedad de mi madre. Rara vez recibió dinero; al contrario, en más de una ocasión tuvo que utilizar sus exiguos ahorros para poder comer. Ella era la que, cuando no había qué comer ni dinero para comprar comida, cogía algún objeto de cierto valor y lo llevaba a la casa de empeños. Supongo que eso la obligó a desarrollar su carácter, que era bastante fuerte.

[7] Barrio londinense que en el siglo XIX era eminentemente obrero y habitado por la clase más pobre de la ciudad.
[8] "Lenchen" es otro de los apodos con los que la familia y los amigos conocían a Helene Demuth.

Lo que ella decía, eso se hacía en casa. En realidad, aunque en teoría era la criada, en realidad no es que fuera una más de la familia; lo cierto es que ejercía una especie de dictadura. Y mi padre se sometía a esa dictadura sin protestar. No obstante, a pesar de ser la que mandaba, era la que más trabajaba, a veces la única.



Helene Demuth

> Su talento para los asuntos domésticos le permitió salvar las situaciones más difíciles. La familia Marx debió a este espíritu del orden y de la economía no verse privada de lo mínimo y necesario para su existencia. Helene sabía hacerlo todo: cocinaba, ponía en orden la casa, vestía a las chicas, cortaba y cosía los vestidos, ayudaba a la señora Marx. Ejercía simultáneamente las funciones de ecónomo y mayordomo de la casa. Las chicas la querían como a su madre y ella ejercía sobre las tres una autoridad maternal. La mujer de Marx la consideraba su amiga más íntima, y Marx tenía con ella una amistad muy particular; jugaban al ajedrez y muchas veces he visto cómo él perdía la partida. El amor de Helene por la familia Marx era totalmente ciego.
>
> Wilhelm Liebknecht

De joven era agraciada y tenía unos ojos azules muy bonitos y una buena figura, *ein hübsches Mädchen*; a eso se añadía un trato fácil. Tuvo varios pretendientes —algunos con un buen empleo— y pudo casarse y formar una familia, pero sentía que su obligación era ser fiel a mis padres, y con ellos se quedó, como una segunda madre para nosotras. En realidad, muchas veces ella era la que ejercía como tal, sobre todo durante las largas temporadas en que mi madre permanecía en cama, enferma, y también debido

a la poca habilidad de Möhme para dirigir la casa. Su círculo de amistades se limitaba al de la familia. Era también una buena cocinera, y con muy pocos recursos podía hacer un guiso con el que alimentarnos durante varios días. Aunque no recibió formación, no era una iletrada en ningún sentido. Leía cuando podía, hablaba inglés y francés, aparte del alemán, su lengua materna, y sus opiniones sobre todos los temas posibles eran tenidas en cuenta incluso por mi padre y el General.

A comienzos de 1851, su embarazo era evidente, así que mi padre y ella, en secreto, tuvieron que inventar alguna explicación. No podían reconocer, ni ante mi madre ni ante los amigos de la familia, ni menos ante la opinión pública, que él era el padre. Así que el Moro recurrió a su íntimo amigo, conocedor de todos sus secretos, no sólo para contarle el asunto y con ello aliviar sus penas, sino en busca de ayuda y quizá de algo más.

> De: Karl Marx
>
> A: Friedrich Engels
>
> 31 de marzo de 1851
>
> (…) Por último, para acabar de rematar la situación de un modo tragicómico, existe un secreto que te revelaré en pocas palabras. Pero justo en este momento me interrumpen y tengo que acudir junto a mi mujer, que está en cama, enferma. Así que dejaré el asunto, en el que puedes tener cierto papel, para la próxima ocasión".

> De: Karl Marx
>
> A: Friedrich Engels
>
> 2 de abril de 1851
>
> Respecto al misterio, no te escribiré nada sobre él, ya que, sin importar lo que me cueste, te visitaré a finales de abril. Debo apartarme algún tiempo de aquí.

El 17 de abril, mi padre viajó a Manchester para pasar unos días con el General, lo suficiente para explicarle el *mystère* y convencerle del papel que tenía que representar en la tragicomedia. Dado que el General había estado en Londres hasta noviembre del año anterior y había visitado con frecuencia la casa de los Marx, habría contado con oportunidades de tener relaciones íntimas con Lenchen. Además, como mi madre era

sabedora de la situación un tanto irregular del General en lo que respecta a las relaciones de pareja y el matrimonio, creyó que éste era el padre, sin dudar ni un ápice de la historia. Mi madre, además de estar siempre orgullosa de su origen aristocrático, era muy conservadora en lo referente al matrimonio y nunca aprobó la —para ella— escandalosa vida del General con las que ella llamaba concubinas. Así que, ya que Engels era una especie de libertino, cabía la posibilidad de que hubiera seducido a la inocente Lenchen para gozar de su cuerpo, y la consecuencia no deseada era ese visible embarazo que ella mostraba en ese momento. Engels demostró su lealtad a mi padre una vez más, si bien no accedió a ser el padre a efectos oficiales, por lo que, cuando Helene inscribió a Freddy en el registro de St. Anne de Westminster con el nombre de Henry Frederick, dejó en blanco el espacio reservado para el nombre del padre y le puso su apellido, Demuth.



Helene Demuth

Y aquí comenzó la triste vida de Freddy. Después de unos días junto a nuestra familia, se decidió que lo diera en adopción y lo acogió una familia de apellido Lewis, de clase trabajadora. No obstante, mi madre comenzó a sospechar de la historia, posiblemente porque entre mi padre y Lenchen había una especie de lazo íntimo que antes no existía. Los enemigos de Marx también empezaron a hacer correr rumores.

De: Karl Marx

A: Joseph Weydemeyer

2 de agosto de 1851

> Puede usted imaginar que mi situación es bastante mala (…) Además de lo que le he relatado, están las infamias de mis enemigos, que nunca se atreven a atacarme abiertamente, pero que están intentando vengarse poniendo en entredicho mi buen nombre y haciendo circular las más inefables calumnias contra mí (…) Mi mujer, que está enferma, se siente peor cuando los estúpidos chismosos les hacen llegar todas esas habladurías. La falta de tacto de algunas personas en este sentido suele ser enorme.

Así que imagino que al final tuvieron que contárselo a mi madre, que sentiría como si recibiese una puñalada en lo más profundo de su corazón. Su amado marido y su querida amiga y confidente, más que criada, habían aprovechado su ausencia para tener relaciones sexuales. Por supuesto, mi madre guardó silencio por el buen nombre de la familia y por el bien de la causa comunista, pero debió dejar huella en su enfermiza naturaleza. Supongo que tampoco quiso divorciarse por esos mismos motivos.

A las hijas siempre se nos escondió que teníamos un medio hermano, fruto de una relación ilegítima entre el Moro y Lenchen. La pobre Jenny murió sin saberlo. Imagino que Laura fue atando cabos poco a poco y al final se enteró de todo. En cuanto a mí, fue un duro golpe. Mi padre era casi un dios para mí. Era la persona a la que yo adoraba, incluso después de muerto. Cumplí su voluntad mientras estuvo vivo: rompí mi relación con *mon chéri monsieur* Lissagaray y nunca le hablé sobre los inicios de mi relación con Edward. Pero supongo que alguna vez tenía que llegar el fatídico momento de saber la verdad. Y llegó en 1895, con motivo de la enfermedad del General y sus últimos días de vida. Ya en su lecho de muerte, delante de Samuel Moore, Ludwig Freyberger y su mujer, Louise, sintiéndose morir, y para evitar que le acusaran, después de muerto, de no haber tratado bien a Freddy y de no haber accedido a poner su nombre en su inscripción de nacimiento, confesó la verdad, añadiendo que sólo debería revelarse si su buena reputación estuviera en peligro. Moore acudió inmediatamente a decírmelo. En ese momento yo vivía en Orpington, y hasta allí viajó para comunicarme la noticia. Por supuesto, no le creí. ¿Cómo iba a ser posible lo que me contaba? Tuve que ir a visitar al General para que él mismo me lo dijera. El pobre ni siquiera podía hablar y tuvo que escribirlo en una pequeña pizarra: el Moro era el padre de Freddy. Yo también até cabos en cuestión de segundos y todo parecía encajar. El mundo se me vino encima. La intocable figura de mi padre caía hecha añicos. La verdad era demasiado dura para soportarla, así que pasé varios días como si me encontrara en una nube, supongo que a modo de lógica reacción ante el golpe.

De: Louise Freyberger

A: August Bebel

4 de septiembre de 1898

Que Freddy Demuth es hijo de Marx lo sé por el mismo General. El General se mostró muy sorprendido de que Tussy se aferrara con tanta tenacidad a su creencia, y ya entonces me concedió el derecho de que en caso de necesidad contestara a las habladurías sobre que él no trató bien a su hijo. Recordarás que ya te comuniqué esto mucho antes de la muerte del General.

Que Frederick Demuth es hijo de Karl Marx y Helene Demuth lo confirmó pocos días antes de su muerte el General a míster Moore, quien después fue a ver a Tussy en Orpington para comunicárselo. Tussy afirmó que el General mentía, y que hasta entonces él mismo siempre había dicho que él era el padre. Moore regresó de Orpington, volvió a preguntar insistentemente al General, pero el anciano mantuvo su afirmación de que Freddy era hijo de Marx, y comentó a Moore: “Tussy quiere convertir a su padre en un ídolo”.

El domingo, es decir, la víspera de su muerte, el General se lo comunicó personalmente a Tussy escribiéndolo en la pizarrita, y Tussy salió tan afectada que olvidó todo su odio contra mí y se arrojó en mis brazos para llorar amargamente.

El General nos autorizó (a míster Moore, a Ludwig y a mí) a hacer uso de dicha confesión sólo en caso de que se le acusara de mezquindad para con Freddy; dijo que no quería ver mancillado su nombre, y menos aún cuando ya no serviría de nada a nadie.

Su intervención en favor de Marx había preservado a este último de un grave conflicto doméstico. Aparte de nosotros, míster Moore y las hijas de Marx —creo que Laura se imaginaba la historia, aunque no la supiera directamente—, y también Lessner y Pfander sabían de la existencia del hijo de Marx. Después de la publicación de las cartas de Freddy, Lessner todavía me dijo: “Freddy debe ser probablemente hermano de Tussy, siempre lo hemos sabido, pero nunca pudimos enterarnos dónde se había criado el chico”.

En la apariencia física, Freddy se parece a Marx, y realmente había que estar muy ciego para querer sospechar en ese rostro claramente judío, con su espeso cabello negro azabache, cualquier parecido con el General. He visto

> la carta que Marx escribió por aquel entonces al General a Manchester, pues entonces éste todavía no vivía en Londres, pero creo que el General debe haberla hecho desaparecer, al igual que tantas otras.
>
> Eso es todo cuanto sé acerca de la historia; Freddy no se enteró jamás —ni por su madre ni por el General— de quién era su padre. Yo ya conocí a Freddy durante mi primera estancia en Londres; la vieja Nimm me lo presentó. Freddy iba a visitarla regularmente cada semana, pero sorprendentemente no entraba nunca por la puerta de las visitas, sino por la cocina. Sólo cuando yo comencé a visitar al General y él prosiguió con sus visitas, logré que se le concedieran todos los derechos de una visita.
>
> Acabo de leer una vez más tus líneas en relación con esta cuestión. Marx siempre tenía en mente la posibilidad de divorciarse de su esposa, que era terriblemente celosa. Pero Marx no amaba al chico y el escándalo habría sido demasiado grande. No se atrevía a hacer algo por el muchacho, que se crio en casa de unos señores llamados Lewis y utilizó el apellido de su familia adoptiva, y no lo hizo con el apellido Demuth hasta después de la muerte de Nimm. Tussy sabía muy bien que la señora Marx había abandonado una vez a su marido y se había ido a Alemania, y que durante mucho tiempo Marx y su esposa no durmieron juntos, pero eran cosas cuya verdadera razón no le gustaba indicar. Idolatraba a su padre e ideaba las mayores leyendas.

Al pobre Freddy le separaron muy pronto de su madre y vivió con los Lewis, aunque, por lo que me han contado, seguramente comió mejor en esa casa que si hubiera estado en la de mis padres y mis hermanas —yo no había nacido aún—, donde entonces reinaba la pobreza. Tuve la suerte de que, poco después de nacer, mi madre recibió la herencia de su madre y de su tío, con lo que pudieron dejar el Soho y mudarse a Grafton Terrace; luego vino el generoso donativo del tío Leon; después la herencia de la madre del Moro y del bueno de Lupus[9]; y por fin la pensión anual que nos pasó el General desde que se hizo socio de la empresa de su padre y ya podía permitirse hacer ese desembolso por el bien de la causa. Mi padre era un genio; de eso no hay duda, pero nunca supo ganarse la vida ni mantener a la familia, y el poco dinero que entraba durante los años malos se les iba en los gastos más absurdos, en lugar de invertirlo bien. Estoy segura de que, si no hubiera sido por los continuos golpes de suerte en forma de herencias y donativos, y por todo lo que el General ayudó a la familia a lo largo de tantos años, todos habríamos muerto de hambre. ¡Pobre Moro! Escribió sobre los entresijos del capital, pero nunca fue capaz de ganar dinero, y menos de ahorrarlo o invertirlo cuando le llegaba caído del cielo.

---

[9] “Lupus” era el apodo de Wilhelm Wolff, comunista y amigo de Marx que en numerosas ocasiones le prestó dinero y que a su muerte le dejó en herencia todos sus bienes, que ascendían a una cantidad considerable.



Jenny Marx, nacida von Westphalen

Mi padre nació el 5 de mayo de 1818 en Tréveris, pequeña ciudad renana perteneciente al reino de Prusia. Sus padres, Heinrich y Henriette, eran de procedencia judía, pero aunque ésta seguía declarándose religiosa y procuraba respetar la tradición, Heinrich, que era abogado, había abjurado de sus orígenes y abrazado la religión evangélica para poder ejercer su oficio. Por encima de religiones y del respeto a las formas, se declaraba liberal y había leído a los ilustrados. El joven Moro creció en un ambiente liberal, no sólo por la influencia de su padre, sino por la de su paisano, el barón Ludwig von Westphalen, que le quería y le apreciaba como si fuera su hijo. En 1835 comenzó sus estudios en la Universidad de Bonn y al año siguiente se cambió a la de Berlín. Ya por entonces se había prometido en secreto con mi madre, que era cuatro años mayor que él. El fuerte carácter de mi padre debió impresionar profundamente a mi madre para rechazar pretendientes con buena presencia y posición social y dar su amor a mi padre, cuando ella tenía veintiún años, él sólo diecisiete y un futuro incierto.

Mi madre, originalmente Jenny von Westphalen, nació el 12 de febrero de 1814 en Saizwedel, si bien dos años después la familia se mudó a Tréveris, donde su padre y el de Karl entablaron una buena amistad, además de unirles su afinidad política. Mi madre era amiga de las hermanas mayores del Moro, mientras que éste era amigo del hermano menor de ella, Edgar. El barón von Westphalen tenía en más alta estima a mi padre que a sus propios hijos, por lo que, cuando se enteró de que Jenny y Karl se habían prometido en secreto, no se opuso, a pesar de las diferencias sociales y de origen.



Karl Marx, muy joven

Mi padre se doctoró en la Universidad de Jena y enseguida intentó encontrar trabajo como profesor, pero ya había dejado bien clara su tendencia radical y su amistad con Bruno Bauer, uno de los jóvenes hegelianos de izquierda más destacados, a quien expulsaron de su cátedra en 1842. Cuando fue evidente que no podría dedicarse a la docencia, tomó el otro camino posible, el de vivir de escribir, igualmente difícil por la férrea censura que existía en el militarista estado prusiano de aquella época. Mientras tanto, mi madre esperaba en Tréveris a que el joven doctor tuviera con qué ganarse la vida.

Antes de casarse, mi padre trabajó como redactor jefe en la *Gaceta Renana*, un periódico liberal donde parecía tener un prometedor futuro, pero las autoridades prusianas pronto le pusieron en su punto de mira. Duró apenas unos meses, desde octubre de 1842 hasta abril de 1843. El motivo: la censura no toleraba la tendencia radical de mi padre y del periódico, y en marzo ordenó el cierre debido a un artículo marcadamente anti-ruso que acababa de publicar. La pareja comenzó mal, pero en aquel momento mi padre gozaba de gran prestigio entre la burguesía progresista de la época y Arnold Ruge le propuso publicar los *Anales Franco-Alemanes* en París, con un sueldo excelente. Mis padres, ya casados, se trasladaron a París en octubre de 1843, donde nació mi hermana Jenny en 1844 y donde se codearon con la flor y nata de la intelectualidad de Francia, incluyendo el poeta alemán Heinrich Heine, que se había establecido en aquella ciudad. Fue también durante la época de París cuando comenzó la fraternal relación entre mi padre y Engels. Sin embargo, la colaboración entre Ruge y el Moro no podía durar mucho porque éste ya era prácticamente comunista, y en cambio Ruge era lo que podemos llamar un demócrata liberal. Dejó a cargo del Moro la edición del primer número, y al leerlo se sintió profundamente insatisfecho por la tendencia revolucionaria y porque casi todas las aportaciones habían sido alemanas. Además, el gobierno prusiano, de nuevo con mi padre en su punto de mira, consideró muy peligrosa la publicación, la prohibió y amenazó con detener a sus responsables si entraban en su territorio. Ruge se desentendió de la revista, pero mi padre tuvo suerte porque consiguió

encontrar a un mecenas que le compró parte de la edición y que organizó una colecta para mantenerle en París. El Moro también escribía en aquella época para el periódico *Adelante*, y de nuevo sus ataques al gobierno prusiano le pasaron factura. En este caso, solicitaron que fuera expulsado de Francia, lo cual cumplió el gobierno. En enero de 1845 mis padres se trasladaron a Bruselas, ante la imposibilidad de volver a Alemania. Una vez allí, el Moro tuvo que prometer que no publicaría ningún artículo político. No ejerció ningún empleo y se dedicó a escribir artículos y libros con Engels, quien ya había colaborado en los *Anales*.



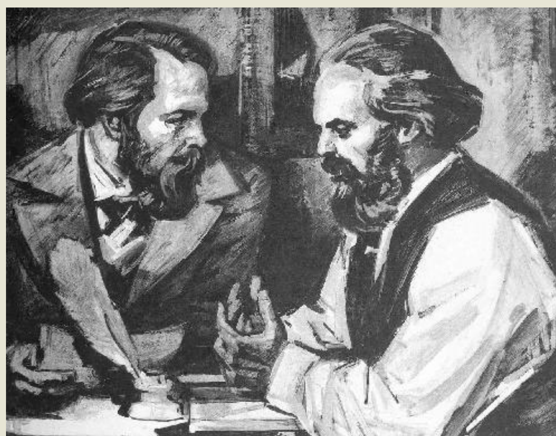
El poeta Heinrich Heine

En Bruselas nacieron mis hermanos Laura y Edgar. Mis padres lograron mantenerse económicamente gracias al dinero de algunos amigos, a varias colectas y a lo que buenamente ya entonces les daba Engels. Pero no vivían modestamente, sino prácticamente como aristócratas, así que el dinero se les iba de las manos. La verdad es que nunca supieron administrarse, nunca entendieron el valor del dinero y, siempre que podían, vivían por todo lo alto.

> Toda la familia Marx carecía de talento para gastar el dinero de forma moderada y práctica. Jenny contaba que su madre, poco después de casarse, recibió una pequeña herencia. El joven matrimonio hizo que le entregaran en efectivo todo el dinero que a ellos les tocaba, lo colocaron en una caja de dos asas que pusieron dentro de la berlina y que acarreaban entre los dos cada vez que se apeaban. Así, a lo largo de toda la luna de miel llevaban la caja a los hoteles en los que se hospedaban. Cuando recibían alguna visita de amigos y correligionarios necesitados, colocaban la caja abierta sobre la mesa de su cuarto, para que cada uno tomara lo que precisara. Como es fácil imaginar, muy pronto quedó vacía.

Franziska Kugelmann

En Bruselas, mi padre es miembro de la Liga de los Justos, después llamada Liga de los Comunistas. En febrero de 1848 estalla la revolución en París, se anula su orden de expulsión y allí regresa, decidido a tomar parte en los acontecimientos. Es el año del *Manifiesto del Partido Comunista,* que redacta con Engels. La revolución se extiende por Europa. Mi padre viaja a Colonia, donde publica la *Nueva Gaceta Renana*, de la que consigue editar sólo un número. Vuelve a París, pero ya Luis Bonaparte preside la república y no quiere saber nada de revolucionarios. En julio de 1849 se le ordena abandonar París. Antes de vivir en una región apartada, que es la alternativa que le ofrecían, prefiere exiliarse en Londres, donde vivirían prácticamente en la miseria. En todo momento, la familia vivió de las ayudas y de las herencias, ya que no entraba ningún dinero fijo. En cierta ocasión, mi padre intentó trabajar para las oficinas del ferrocarril, pero no le admitieron porque su caligrafía era ilegible.



Friedrich Engels y Karl Marx

Sólo entraba dinero en casa cuando conseguía que alguien le prestara algo, que era a fondo perdido, por supuesto. Mi familia debía dinero a todo el mundo, incluidos el panadero y el carnicero. Me han contado que el pobrecito Edgard, el favorito de mi padre, que murió con ocho años, había aprendido la lección, y siempre que abría la puerta decía "el señor Marx no está en casa". Falleció en abril de 1855, poco después de nacer yo, en enero de ese mismo año. Además de él, otros dos hermanos míos murieron en medio de la pobreza del Soho: Guido y Franziska.

Ese mal ambiente por fuerza tuvo que agriar el carácter del Moro y quebrantar su salud. Los que le quisimos fuimos testigos de su noble carácter… hacia nosotros. Los que no estuvieron a su lado tienen una opinión completamente distinta. En realidad, según parece, el mal carácter de mi padre le venía de niño. Mis tías me contaron que de pequeño fue un espantoso tirano. Les obligaba a conducir el carruaje a pleno galope cuesta abajo por el monte de Tréveris. Y, cosa todavía peor, exigía que comieran los

pastelitos que él mismo preparaba con sus sucias manos y con una masa todavía más sucia. Sin embargo, todo ello lo soportaban sin rechistar porque Karl les contaba unos cuentos maravillosos a modo de recompensa.

> Marx tenía un enorme apego a su padre. Jamás se cansaba de hablar de él y siempre llevaba encima una fotografía suya, reproducida de un antiguo daguerrotipo. Sin embargo, se negaba a enseñar la fotografía a los extraños, pues decía que se parecía muy poco al original (…)
>
> Para aquellos que conocían personalmente a Karl Marx, no existe leyenda más divertida que la que le muestra como un hombre malhumorado, amargado, inflexible e inaccesible, como una especie de dios del trueno que continuamente lanza sus rayos y que, sin mostrar jamás una sonrisa en sus labios, aparece solitario e inaccesible en su trono del Olimpo. Una tal descripción del hombre más alegre y campechano que jamás haya existido, del hombre de desbordante humor, cuya risa arrastraba irresistiblemente, del más amable, dulce y simpático de los compañeros, constituye una constante fuente de extrañeza y diversión para todos aquellos que le conocieron.
>
> Tanto en la familia como en su trato con los amigos quedaba tan de manifiesto su carácter bonachón, que en cierta ocasión un refugiado de la Comuna, viejo e insoportable parlanchín que durante más de tres horas mortalmente aburridas había apartado a Karl de su trabajo, al que por fin se le insinuó que el tiempo apremiaba y que todavía quedaba mucho por hacer, se permitió decir altanero: «Pero mi querido Marx, ¡qué te importa eso!»
>
> Y tal como procedió con ese hombre tan aburrido, actuaba Marx con todo aquel a quien consideraba honrado; y jamás perdía la paciencia, cualquiera que fuera el trabajo en el cual le interrumpieran. No fueron pocos quienes malgastaron su paciencia. Su arte de hacer hablar a los hombres y las mujeres, de hacerlas sentir que se interesaba por todo aquello que les movía, era verdaderamente maravilloso. ¡Cuántas veces personas de las más dispares posiciones y profesiones expresaron su extrañeza por el interés y la comprensión que les dispensaba! Cuando creía que una persona quería aprender realmente, su paciencia era ilimitada. Entonces no había pregunta que considerara demasiado trivial, ni demostración demasiado infantil.
>
> Pero no era sino en su contacto con los niños donde se manifestaban los aspectos más valiosos del carácter de Marx. Los niños no podían imaginarse mejor compañero que él. Todavía recuerdo que cuando debía tener tres años, el Moro (siempre tengo en la punta de la lengua este viejo apodo suyo) me montaba en sus hombros y me paseaba por nuestro pequeño jardín de Grafton Terrace, al tiempo que adornaba mis rizos castaños con anémonas. Mohr era realmente un buen caballo. Me contaron que mis hermanos

mayores —entre ellos mi hermano, cuya muerte al poco de nacer yo fue para mis padres una fuente de eterna tristeza— acostumbraban enganchar al Moro a unos sillones, en los cuales se sentaban ellos mismos y se hacían arrastrar (…)

A mis hermanas —yo todavía era pequeña— les contaba cuentos durante los paseos, y esas historias no estaban divididas en capítulos, sino en millas. Así, las dos chiquillas siempre le pedían: “Cuéntanos otra milla”. En lo que a mí se refiere, de todas las innumerables historias que me contaba, la que más me entusiasmaba era la historia de Hans Róckle. Duraba meses y meses, pues era una historia muy, muy larga, que no acababa nunca (…)

El Moro también leía a sus hijos. Y al igual como a mis hermanos, también a mí me leyó todo Homero, el Canto de los Nibelungos, la Saga de Gudrun, Don Quijote, y Las Mil y Una Noches. Shakespeare era nuestra biblia familiar; a la edad de seis años ya me sabía de memoria escenas enteras de Shakespeare.

Eleanor Marx-Aveling

(…) Marx tiene sus defectos. Son los siguientes:

1. En primer lugar, tiene el defecto de todos los eruditos profesionales: es doctrinario. Cree de modo absoluta en sus propias teorías, y desde su altura desprecia a todo el mundo. Por supuesto, como hombre erudito e inteligente tiene su partido, un núcleo de amigos ciegamente sumisos, que sólo creen en él, sólo piensan a través de él, sólo siguen su voluntad; en resumidas cuentas: que le tienen como un dios y le veneran, y que debido a esa idolatría le están corrompiendo, situación que ya se encuentra en un estado muy avanzado. Debido a todo ello se considera realmente el Papa del socialismo, o mejor dicho del comunismo, ya que, de acuerdo con sus teorías, es un comunista autoritario (…)

2. A esa autoidolatría hacia sus teorías absolutas y absolutistas viene a añadirse, como consecuencia natural, el odio que Marx alimenta no sólo contra la burguesía, sino contra todos aquellos —incluso los socialistas revolucionarios— que se atreven a contradecirle y a seguir un camino distinto al trazado por sus teorías.

Algo sorprendente en una persona tan inteligente y tan honesta, sólo explicable por su formación como erudito y literato alemán, y en especial por sus nerviosos modales de judío, es que Marx sea extremadamente vanidoso y presumido hasta la locura. Quien tenga la desgracia de haberle

herido en esa vanidad enfermiza, siempre al acecho y siempre irritada, aunque sea de la forma más inocente, se convierte automáticamente en su enemigo irreconciliable; y en ese caso Marx considera válidos todos los medios, y de hecho utiliza los más prohibidos e ignominiosos para poner en evidencia a esa persona en cuestión ante la opinión pública. Miente, inventa, y se esfuerza en difundir, las más sucias difamaciones (…) El mal está en la búsqueda del poder, en el amor por la dominación, en la sed de autoridad. Y Marx está hondamente contaminado con ese mal.

3. Como jefe e inspirador, como organizador principal del Partido Comunista Alemán —por regla general es menos organizador y posee más bien el talento de dividir con sus intrigas que de organizar—, es un comunista autoritario y partidario de la liberación y reorganización del proletariado a través del Estado; en consecuencia, de arriba abajo, a través de la inteligencia y del conocimiento de una minoría instruida, que, como es natural, se declara partidaria del socialismo, y que en beneficio de las masas ignorantes y necias ejerce sobre éstas una autoridad legítima (…)

Marx ama mucho más su propia persona que a sus amigos y apóstoles, y no hay ninguna amistad que valga ante la menor vulneración de su vanidad. Antes perdonaría una infidelidad cometida contra su sistema filosófico y social; la consideraría como prueba de la necedad, o por lo menos de la inferioridad intelectual de su amigo, y ello le divertiría. Y cuando ya no viera en él a un rival que pudiera igualarle, quizás le querría todavía más. Pero jamás perdonará a nadie una infracción contra su persona: hay que adorarlo, convertirlo en ídolo, para poder ser querido por él; hay que temerle al menos, para poder ser tolerado. Le gusta rodearse de los más viles lacayos y aduladores. Y sin embargo, entre sus más íntimos se encuentran algunos hombres verdaderamente destacados.

Sin embargo, por regla general, puede afirmarse que en el círculo de amistades íntimas de Marx reina muy poca sinceridad fraternal; predomina, por el contrario, la reserva mental y la diplomacia. Existe una especie de lucha silenciosa y un compromiso entre el amor propio de cada una de las personas; y allí donde entra en juego la vanidad ya no hay sitio para la fraternidad. En esa situación cada cual va con pies de plomo y teme por su parte ser víctima, acabar aniquilado. Todo el círculo de Marx es una especie de contrato mutuo entre las vanidades de quienes lo forman. Y en ese círculo Marx es el distribuidor oficial de los honores, pero también el pérfido y alevoso —nunca abierto— instigador a la persecución de las personas de las que desconfía o que han tenido la desgracia de no rendirle los honores que esperaba de ellos.

Tan pronto Marx ha ordenado una persecución, ésta no se detiene ante ninguna infamia ni bajeza. Siendo él mismo judío, tiene reunidos en torno

> suyo —en Londres y en Francia, pero sobre todo en Alemania— un cúmulo de pequeños judíos más o menos inteligentes, intrigantes, especuladores, como lo son los judíos en todas partes (…) Basta con que él designe a una persona para que sea víctima de persecución, y al punto se abate sobre ella una oleada de injurias, sucias invectivas y ridículas e infames calumnias en todos los periódicos socialistas y no socialistas, republicanos y monárquicos. En Italia, donde por lo menos subsiste formalmente el sentimiento del respeto mutuo y de la consideración humana, resulta imposible hacerse una idea del tono soez y de los modales realmente infames utilizados por la prensa alemana en su polémica del día. Esos literatos judíos destacan sobre todo en el arte de la insinuación cobarde, tendenciosa y pérfida. Pocas veces acusan abiertamente; pero se complacen en insinuar (…) Esto lo sé todo por propia experiencia. Marx y yo somos viejos conocidos.
>
> Mijail Alexandrovich Bakunin

En mi casa entraba poco dinero, y cuando lo había desaparecía rápidamente, porque, a pesar de su pobreza, mis padres siempre quisieron vivir como aristócratas. De hecho, mi madre siempre firmó como “Jenny Marx, nacida baronesa von Westphalen”, y mi padre estaba orgulloso del origen aristocrático de ella, lo contaba a sus conocidos a la más mínima oportunidad e incluso encargó hacer unas tarjetas en que aparecía su nombre con el título de baronesa. Es triste decir esto, pero mi padre, que dedicó su vida a la causa del proletariado, siempre quiso vivir como un rico burgués o como un noble, y esa fue una de las causas por las que, dejando a un lado los artículos y los libros, que prácticamente no le reportaron ningún dinero, no tuvo nunca un empleo. Vivió —y toda la familia ha vivido siempre— de lo que le daban los familiares, amigos, conocidos y miembros del partido, de las herencias y, sobre todo, del bueno del General, Friedrich Engels. Él y mi padre formaron una buena pareja, tantos años juntos, tan parecidos y tan distintos a la vez.



Friedrich Engels, muy joven

Friedrich Engels nació el 28 de noviembre de 1820 en Barmen, Renania, del estado de Prusia. Su familia pertenecía a la burguesía —tenía fábricas textiles en Inglaterra— y era religiosa y conservadora, pero de su época en la Universidad de Berlín, en los años 1841 y 1842, data su interés por las tendencias más radicales y por los hegelianos de izquierda. No terminó sus estudios y su padre le envió a Manchester, a ayudar en la dirección de las fábricas. Comenzó a colaborar con el Moro cuando éste dirigió los *Anales Franco-Alemanes,* aunque se conocieron algo antes, en noviembre de 1842, el día en que Engels se presentó en la redacción de la *Gaceta Renana*. Pero fue el año siguiente, cuando mis padres residían en París, cuando comenzó a ser su amigo inseparable. De aquella época data su amistad, y desde entonces no dejaron de hacer cosas juntos. El General desde el principio reconoció la primacía de mi padre, pero lo cierto es que sin él la familia habría perecido. Así que, además de los aportes intelectuales y organizativos que ha hecho, debemos estarle agradecidos en lo puramente material.

> El aspecto externo de Engels era distinto al de Karl Marx. Engels era alto y delgado, sus movimientos rápidos y ágiles, sus palabras breves y decididas, su porte muy erguido, cosa que le confería un aire de militar. Era de naturaleza muy viva, su chiste certero; cualquiera que entablaba contacto con él por fuerza sacaba de inmediato la conclusión de que se trataba de una persona muy ingeniosa.
>
> Cuando de vez cuando algunos militantes acudían a mí para quejarse de que Engels no era tan amable y accesible como habían esperado, ello se debía a que Engels se mostraba reservado frente a los extraños. Dicha reserva se incrementó aún más con los años. Era necesario conocer muy bien a Engels para poderlo juzgar correctamente, como por otra parte también él tenía que conocer muy bien a alguien antes de mostrarse confiado. Y era preciso aprender a conocerlo y comprenderlo muy bien, antes de poderlo querer

realmente. No había en él simulación alguna. Enseguida se daba cuenta de si alguien le importunaba con historias, o si se le exponía sin grandes rodeos la pura verdad. Engels era un buen conocedor de las personas, pero a pesar de ello también cometió algunos errores.

Era bastante desprendido y a muchos les prestó ayuda en momentos de necesidad y enfermedad, sin preguntar demasiado.

Friedrich Lessner

Ya en su misma apariencia externa eran distintos. Engels, el rubio germano, de elevada estatura, de modales ingleses. Como dijo de él un observador: siempre impecablemente vestido, muy riguroso en la disciplina, no sólo cuartelera, sino también de la oficina. En efecto, su intención había sido organizar un sector administrativo mil veces más sencillo, con sólo seis dependientes de comercio, y no con sesenta subsecretarios, que ni tan siquiera sabían escribir de forma legible y que emborronaban los libros de modo que ningún diablo podía entenderlos. Pero, junto a su respetabilidad de miembro de la Bolsa de Manchester, sus negocios y las diversiones de la burguesía inglesa, sus cacerías de zorros y sus banquetes de Navidad, existía el obrero y luchador intelectual que en su lejana casita en los confines de la ciudad ocultaba su tesoro, hija del pueblo irlandés, en cuyos brazos se recreaba cuando quedaba demasiado harto de la chusma.

Marx, por el contrario, era robusto, bajo, con los ojos brillantes y la leonina melena de ébano que no pueden negar su origen semítico. Atormentado padre de familia que vivía alejado del tráfago social de la metrópoli. Entregado a un agotador trabajo intelectual, que apenas le permitía ingerir una breve colación, y que hasta altas horas de la noche consumía también sus fuerzas físicas; incansable pensador, para quien pensar constituía el máximo placer; auténtico heredero de Kant, de Fichte, especialmente de Hegel.

Franz Mehring

Durante los diez años siguientes, Engels acudía diariamente a casa de mi padre. A menudo salían a pasear juntos, y con la misma frecuencia permanecían en casa, recorriendo el gabinete de trabajo de mi padre; cada uno en su lado del cuarto, y cada uno iba cavando sus propios agujeros en la esquina, donde se volvían con un extraño giro sobre sus talones. En aquel cuarto discutieron sobre más cosas que la filosofía de la mayoría de las personas pudiera imaginar. Y muy a menudo también se limitaban a pasear silenciosamente el uno junto al otro. O bien cada uno hablaba de aquello

que en aquel momento más le preocupaba, hasta que de pronto se quedaban parados el uno frente al otro, estallando en fuertes carcajadas, para confesarse que en la última media hora cada uno había estado elucubrando planes completamente opuestos (…)

Al lado de su frescor juvenil y su bondad, no hay en él nada tan destacable como su polifacetismo. Nada le es extraño. Ciencias naturales, química, botánica, física, filología ("chapurrea en veinte idiomas" escribió de él *Le Fígaro* en los años sesenta), economía política y táctica militar. De tal forma que los artículos que Engels publicaba durante la guerra franco-alemana causaron verdadera sensación, puesto que predijo exactamente la batalla de Sedan y la aniquilación del ejército francés. A propósito: con este motivo mencionaré que su apodo de "General" procede precisamente de dichos artículos. Mi hermana afirmaba que él era el general Staff. Ese nombre causó impacto, y desde entonces Engels es para nosotros «el general». Hoy en día, sin embargo, dicho apodo tiene un significado más amplio: Engels es en realidad el general de nuestro ejército obrero.

Eleanor Marx

La atmósfera que se respiraba en casa de Marx era completamente distinta a la de Engels. Ello se debía ante todo al hecho de que Marx y Engels eran enormemente distintos en algunos aspectos. Es evidente que como teóricos y políticos eran un solo corazón y alma. Quizás no exista ningún otro ejemplo en la historia mundial en que dos pensadores tan profundos e independientes, dos luchadores tan apasionados, se mantuvieran tan unidos desde el principio de su adolescencia hasta la muerte. No sólo unidos en el pensamiento, sino también en el sentimiento, en el altruismo y la caridad, en la obstinada oposición a todo yugo, en la inflexibilidad y el apasionado odio contra toda vileza, y al mismo tiempo en la alegría y la risa.

Y, sin embargo, ¡qué diferencias a pesar de tantas similitudes!

Que Marx y Engels se diferenciaran externamente no tiene por qué significar nada: Engels era alto y delgado; Marx, si no bajo, sí menos alto y rechoncho. Sin embargo, ya esas diferencias externas estaban relacionadas con diferencias en las costumbres de vida. Hasta el final de su vida, Engels concedía gran importancia a los ejercicios físicos y al movimiento al aire libre. ¡Cuántas veces me exhortó que no dejara de hacerlo, y cuántas veces se quejaba de Marx, que era difícil de convencer para que abandonara su gabinete de trabajo! A pesar de que Engels sólo tenía dos años menos que Marx, éste parecía mucho más viejo que aquél.

Engels era un hombre de mundo. Si no lo fue en Alemania, lo llegó a ser en Manchester, donde su profesión le había convertido en un asiduo asistente a la Bolsa. En aquella ciudad poseía incluso un caballo y solía participar en las cacerías de zorros. Siempre iba impecablemente vestido, tal como se exige de un *gentleman* inglés, y también mantenía un orden estricto en su gabinete de trabajo, como corresponde a un correcto comerciante.

Marx, por el contrario, tenía el aspecto de un patriarca que, aunque digno, mostraba indiferencia por su aspecto externo. No daba importancia al corte de sus trajes, y en su escritorio y en distintas sillas de su gabinete estaban amontonados en el más variado desorden libros y escritos (…)

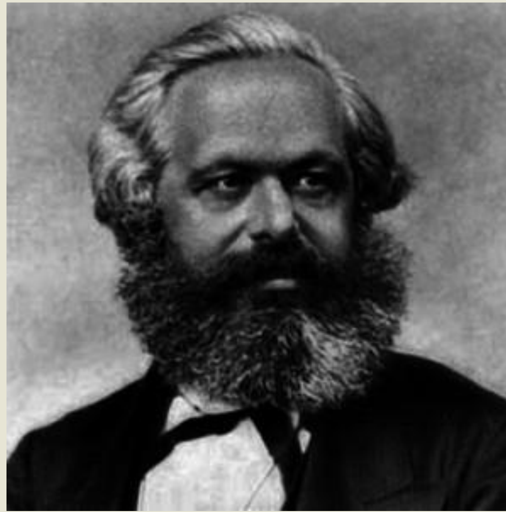
Engels era probablemente el más fantasioso y universal en sus intereses intelectuales, aunque también la universalidad de Marx alcanzaba una fabulosa amplitud. Marx era más crítico y sensato, aunque trabajaba de forma más lenta y laboriosa, mientras Engels lo hacía con mayor ligereza. El propio Engels me confesó que su peor falta había sido su precipitación, de la que Marx logró deshabituarlo. Éste no soltaba una idea hasta que no la había analizado y seguido detenidamente en todas direcciones, con sus raíces y ramificaciones (…) Aparte de la diferencia en su forma de investigar, también había otra en su praxis política, y fundamentalmente consiste en que Marx, según he podido saber de él, dominaba mejor el arte de tratar a las personas. Y este arte es importantísimo para el éxito de un político de la praxis.

Parece ser que ninguno de los dos llegó a ser un gran conocedor de las personas. Ello lo demuestra el hecho de que Engels estuvo mucho tiempo sin llegar a darse cuenta de la calaña de Edward Aveling, sujeto malicioso que llegó a ser esposo de Tussy y finalmente supuso su ruina, y que durante casi un decenio lo prefirió a todos los demás socialistas ingleses, en gran detrimento de la causa marxista en Inglaterra.

Karl Kautsky

Durante la época del Soho, la alimentación de la familia era malísima y no había dinero para comprar medicinas. Mi madre envejeció prematuramente; entre otras cosas, padeció una viruela que le deformó su bonito rostro. Mi padre sufría del hígado y de la vesícula, a los que no sentaba demasiado bien su predilección por las comidas picantes, con muchas especias, pescados ahumados, caviar y pepinillos en vinagre. Tampoco era de ayuda su afición por el alcohol. Le daban ataques que solían presentarse en primavera, y que con el pasar de los años fueron haciéndose más intensos. Iban

acompañados de dolores de cabeza, inflamación de ojos y fuertes neuralgias. Dicen que los enfermos de hígado tienen una hiperactividad espiritual. Son pacientes irritables, coléricos, descontentos, de ánimo fluctuante, con tendencia a criticarlo todo. La enfermedad hizo que se agravaran algunos de los rasgos de carácter de mi padre: discusiones agrias, sátira mordaz, expresiones crueles y groseras; era muy duro en sus juicios sobre sus adversarios e incluso sobre sus amigos.



Karl Marx

En una ocasión sufrió una parálisis, y en 1877 tuvo una sobreexcitación nerviosa. Como consecuencia de todos sus problemas de salud, tenía insomnio crónico, que combatía con fuertes narcóticos. También era un fumador empedernido, normalmente de cigarros de mala calidad.

> Marx fue un apasionado fumador. Como hacía con todas las cosas, también fumaba con desenfreno. Dado que el tabaco inglés le resultaba demasiado fuerte, siempre que podía se compraba cigarros, que masticaba a medias con el fin de aumentar el placer, o quizás para obtener un doble placer. Ahora bien, puesto que en Inglaterra los cigarros resultan muy caros, iba constantemente en busca de marcas baratas. Es fácil de imaginar qué tabaco llegaba a fumar (…) Debido a esos espantosos cigarros arruinó por completo su gusto y el olfato para el tabaco.
>
> Wilhelm Liebknecht

Por otra parte, mi padre trabajaba demasiado; se pasaba el día y la noche leyendo, estudiando y escribiendo, y eso acabó por minar su salud.

Todas las personas verdaderamente importantes que he conocido fueron muy laboriosas y trabajaban duro. En el caso de Marx ambas características se daban en grado sumo. Era colosal su entrega al trabajo, y como de día a menudo estaba ocupado —sobre todo en los primeros tiempos del exilio—, buscaba refugio en la noche.

Cuando a altas horas de la noche regresábamos de alguna reunión o sesión, se sentaba regularmente a su mesa y trabajaba durante algunas horas. Y estas pocas horas se iban ampliando cada vez más, hasta que por último trabajaba durante toda la noche, para después descansar por la mañana. Su esposa le hacía las más diversas advertencias acerca de esa costumbre suya, pero Marx decía que su naturaleza así lo exigía. Yo mismo me había acostumbrado en mi época de bachiller a realizar los trabajos difíciles a últimas horas de la tarde o por la noche, cuando me sentía intelectualmente más activo. Por ello vi la situación con ojos diferentes que la señora Marx. Sin embargo, ella tenía razón: a pesar de su robusta constitución, ya a finales de los años cincuenta Marx comenzó a quejarse de toda clase de molestias funcionales. Fue preciso consultar a un médico, y la consecuencia fue una prohibición del trabajo nocturno y la recomendación de hacer mucho ejercicio, es decir, paseos a pie y a caballo. En aquella época Marx y yo paseábamos mucho por los alrededores de Londres, sobre todo por las colinas del Norte. Se repuso muy pronto, pues de hecho tenía un cuerpo admirablemente apropiado para los grandes esfuerzos. Pero tan pronto se sentía mejor volvía a caer paulatinamente en la costumbre de trabajar por las noches, hasta que de nuevo se producía una crisis que le obligaba a un tren de vida más razonable, aunque sólo el tiempo justo en que la naturaleza imponía su dictado. Las crisis eran cada vez más intensas. Contrajo una afección hepática y tumores malignos. De esta forma, poco a poco se fue minando su férrea constitución. Estoy convencido —y este es también el juicio de los médicos que le trataron en sus últimos tiempos— de que si Marx se hubiera decidido a llevar una vida más natural, más adecuada a las necesidades de su cuerpo, una vida de acuerdo con los principios de la higiene, todavía viviría actualmente. Sólo en los últimos años —cuando ya era demasiado tarde— renunció a trabajar por la noche.

Wilhelm Liebknecht

El Moro padecía también continuamente problemas de la piel que eran sumamente molestos y que en ocasiones llegaron a ser graves. Creo que eran forúnculos, y

seguramente tenían mucho que ver con sus problemas hepáticos, con su carácter y con las penurias sufridas, ya que se agravaban cuando la situación vital empeoraba.

La opinión de un psiquiatra: doctor Sigmund Gabe[10]

Es cierto, por supuesto, y está bien establecido, que diversas enfermedades y agentes físicos irritantes y situaciones predisponen a las infecciones de la piel, como por ejemplo la diabetes, la exposición a aceites, arsénico, etc. en el trabajo, una mala higiene y agentes mecánicos irritantes crónicos, como ciertas prendas de ropa. Pero está igualmente bien establecido que la piel responde en gran medida a la excitación psíquica y a los problemas emocionales (…)

Podemos estar muy cerca de la verdad si afirmamos que las dolencias físicas de Marx eran tan numerosas y complejas que podían haber agobiado incluso al santo Job. Y es precisamente la enfermedad de Job lo que Marx pudo sufrir. Recordemos la descripción de la aflicción de Job tal como nos cuenta la Biblia: “Satan golpeó a Job con forúnculos que le cubrían desde la planta del pie hasta la cabeza”. En 1944, un psiquiatra británico, J. L. Halliday (Practitioner, 1944, 6:152), describió una dermatitis propia de los varones de mediana edad que designó con el nombre de “dermatitis de Job”. Detectó un factor emocional común en una serie de varones de mediana edad que de repente había contraído una dermatitis muy extensa que era resistente al tratamiento. Estos pacientes se enorgullecían de ser hombres honestos y virtuosos. La aparición de las erupciones cutáneas era subsiguiente a un revés en su suerte o a algún desastre serio. Ellos pensaban que su mala suerte era inmerecida y trabajaban bajo una sensación de injusticia. Esto se parecía tanto a la historia de Job que Halliday ideó el trastorno de la “enfermedad de Job”.

La verdadera enfermedad cutánea de Marx[11]

Aunque las lesiones cutáneas fueron llamadas “forúnculos”, “abscesos” y “diviesos” por Marx, su mujer y sus médicos, fueron demasiado persistentes, recurrentes, destructivas y específicas de ciertos sitios para ese diagnóstico; mi hipótesis es que Marx tenía hidradenitis supurativa. Esta condición infecciosa recurrente aparece por el bloqueo de los conductos apocrinos que se abren en los folículos pilosos, principalmente en la piel de las axilas, las mamas, la ingle, la zona perianal y la zona genital. Aunque las

[10] En Padover, Saul. *Karl Marx: An Intimate Biography*. McGraw-Hill Book Company, 1978.
[11] S. Shuster, “The nature and consequence of Karl Marx’s skin disease”, *British Journal of Dermatology*, 2008, 158, pp1–3.

lesiones pueden parecer abscesos, y suelen ser diagnosticadas erróneamente como tales, ciertas características clínicas asociadas sirven para hacer el diagnóstico correcto, y he encontrado todas en la correspondencia original.

Las características clínicas descritas, con su transcurso recurrente y prolongado, su predilección por ciertos lugares y la destrucción de tejidos no corresponden a abscesos simples, sino que son típicas de la hidradenitis supurativa; actualmente podemos hacer este diagnóstico de modo definitivo.

La hidradenitis supurativa también explica varios de los otros problemas encontrados en la correspondencia, por ejemplo, la proliferación de forúnculos que tenía lugar en el cuero cabelludo, la cara y otras partes del cuerpo (y que forman parte de la tríada de la oclusión folicular); la aparición de dolor articular coincidiendo con la exacerbación de la enfermedad (por ejemplo, en abril de 1866), que se ha atribuido a un trastorno reumático no relacionado; la condición dolorosa recurrente del ojo, ya sea blefaritis o queratitis (…)

La piel es un órgano de comunicación y sus trastornos generan muchos problemas psicológicos; producen asco y repulsión, depresión de la autoestima, del ánimo y del bienestar. Se ha descubierto que estos efectos aversivos son especialmente severos en pacientes con hidradenitis supurativa, y hay bastante evidencia de esto en las cartas de Marx; en particular, la hidradenitis de Marx contribuyó a su miseria y redujo en gran medida su autoestima, como contaba a Engels (24 de energo de 1863). Su odio hacia las lesiones ("chucho", "marrano", "Frankenstein", como solía llamarlas) y el aislamiento que le generaban se hace evidente por el violento placer que le producía atacarlas: "cogí una navaja afilada y sajé al chucho yo mismo. La sangre brotó y saltó en el aire".

Las consecuencias mentales obvias de la hidradenitis de Marx ofrecen una explicación más simple y menos tendenciosa de sus penas que afirmar que "Marx era rechoncho y morenucho, un judío atormentado por el odio a sí mismo, mientras que Engels era alto y rubio".

¿Pueden haber influido los efectos mentales de la habitualmente desastrosa hidradenitis supurativa en la obra de Marx? Él constantemente se quejaba de que de "el marrano" influía en su obra, pero también era consciente de su efecto sobre su calidad: "los burgueses recordarán mis diviesos hasta el día en que mueran". Engels también notaba una mayor dureza estilística en los escritos de Marx durante las recaídas.

La situación de la familia fue mala hasta que cayeron del cielo las ayudas que he mencionado, además del pequeño aporte que supusieron sus colaboraciones habituales

en el *New York Daily Tribune*, que cada vez fueron más frecuentes, hasta 1861. Sólo entonces la vida fue más llevadera, pero la miseria había dejado su huella imborrable en la salud de mi padre, mi madre y mi hermana Jenny. No obstante, según sé por varias personas, mis padres fueron siempre excelentes anfitriones y recibían con gusto las visitas que les hacían los amigos y conocidos. La mayoría de las visitas eran del gusto de mis padres, como es natural, pero a lo largo de los años pasaron personas de todo tipo, como por ejemplo el revolucionario Louis Blanc, un personaje bastante histriónico.



Louis Blanc

A Marx, las personas teatrales le causaban horror. Todavía recuerdo cómo nos contó entre risas su primer encuentro con Louis Blanc.

La escena tuvo lugar todavía en Dean Street, en aquella pequeña vivienda que en realidad estaba formada sólo por dos habitaciones: la antesala o recibidor, que hacía las veces de sala de visitas y de trabajo, y el cuarto posterior, que servía para todos los demás menesteres. Louis Blanc había anunciado su llegada a Lenchen, quien le hizo pasar a la antesala, mientras Marx se vestía con rapidez en el cuarto posterior. Ahora bien, la puerta de comunicación había quedado entornada, y a través de la rendija Marx pudo contemplar un gracioso espectáculo. El gran historiador y político era un hombrecito muy bajito, de estatura apenas mayor que la de un niño de ocho años, pero a pesar de ello extremadamente vanidoso. Después de echar una mirada a todos los rincones de aquella sala proletaria, descubrió en uno de ellos un espejo rudimentario, ante el cual se apostó de inmediato, procurando alzar al máximo su estatura de enano —tenía los tacones más altos que nunca he visto—, contemplándose con complacencia, haciendo posturas como un conejo en celo en marzo, y ensayando una postura lo más majestuosa posible. La esposa de Marx, que también fue testigo de esa ridícula escena, apenas podía reprimir la risa. Finalizados estos preparativos,

Marx anunció su presencia con un enérgico carraspeo, de forma que el presumido tribuno del pueblo tuvo tiempo de apartarse un paso del espejo y recibir al recién llegado con una reverencia de gran estilo

Wilhelm Liebkecht

Dado el gran deseo que tenía mi padre por ganar correligionarios, recibían de buen grado a cualquiera que afirmase compartir sus ideas y deseara defender sus teorías. De este modo llegaron incluso a entrar espías.

Marx tiene una estatura mediana y cuenta 34 años. Aunque se encuentra en la flor de la vida, ya está encaneciendo. Tiene una estructura corporal poderosa, y su fisonomía recuerda muy distintamente a Szemere sólo que tiene un cutis más moreno, y el cabello y la barba muy negros. Últimamente no se afeita nada en absoluto. Sus ojos, grandes, penetrantes y apasionados, tienen algo de siniestramente diabólico. La primera impresión que le causa a uno es la de un hombre de genio y energía. Su superioridad intelectual ejerce un poder irresistible sobre lo que le rodea.

En la vida privada es un ser humano extremadamente desordenado y cínico, además de mal anfitrión. Lleva una vida realmente bohemia. El lavarse, asearse y mudarse de ropa son cosas que hace muy de tarde en tarde. Se emborracha con frecuencia. Aunque muy a menudo se pasa días interminables en la ociosidad, cuando tiene mucho trabajo es capaz de trabajar día y noche, incansablemente. No tiene hora fija para acostarse ni para levantarse. Es frecuente que se pase la noche en vela; luego, a mediodía, se acuesta, completamente vestido, en el sofá y duerme hasta la noche, sin que le estorbe que el mundo entero entre y salga de la habitación.

Su esposa es la hermana del ministro prusiano Von Westphalen, mujer culta y encantadora que, por amor a su marido, se ha habituado a esta existencia bohemia, y ahora se siente perfectamente en su ambiente en medio de esta pobreza. Tiene tres niñas y un niño; los tres son verdaderamente guapos y poseen los inteligentes ojos de su padre.

A pesar de su carácter indómito e inquieto, Marx es, como padre y marido, el hombre más dulce y afable del mundo. Vive en uno de los peores barrios y, en consecuencia, más baratos de Londres. Ocupa dos habitaciones. La que da a la calle es el salón; el dormitorio está detrás. En todo el apartamento no hay ni un solo mueble limpio y sólido. Todo está roto, destrozado, desgarrado; todo con media pulgada de polvo encima y en el mayor desorden. En el centro del salón hay una mesa grande, a la moda antigua, cubierta por un hule; sobre ella descansan manuscritos, libros y

periódicos, así como los juguetes de los niños, los harapos y andrajos de la cesta de costura de la esposa, varias tazas con los bordes rotos, cuchillo, tenedores, lámparas, un tintero… en una palabra, todo revuelto y todo en la misma mesa. Un vendedor de artículos usados se avergonzaría de expender tan notable colección de zarandajas.

Al entrar en la habitación de Marx, el humo de la estufa y el del tabaco le ponen a uno los ojos llorosos hasta tal punto que por un momento parece como si anduviera a tientas por una caverna; mas, paulatinamente, a medida que se acostumbra a esa niebla, logra divisar ciertos objetos que destacan de la calígine circundante. Todo está sucio y cubierto de polvo, de tal forma que sentarse se convierte en una empresa absolutamente peligrosa. Aquí hay una silla con sólo tres patas; en otra silla, los niños juegan a guisar… y da la casualidad de que esa silla conserva las cuatro patas. Es la silla que le ofrecen al visitante, aunque sin quitar el guiso que hacían los niños; si uno se sienta, pone en peligro los pantalones. Pero ninguna de esas cosas turban a Marx ni a su esposa. Le reciben a uno de la manera más amistosa y, con toda cordialidad, le ofrecen pipas y tabaco, y lo que el azar haya querido que tengan; y al cabo de unos momentos se traba una conversación animada, agradable, que compensa todas las deficiencias domésticas; con lo cual la incomodidad resulta tolerable. Finalmente, uno se habitúa a la compañía y la encuentra interesante y original. Este es un cuadro veraz de la vida de familia del jefe comunista Marx.

Informe de un espía prusiano sobre Karl Marx

Mi padre jugaba al ajedrez con algunas de las visitas y, según me han dicho, no era mal jugador, aunque se enfadaba mucho cuando perdía e insistía en que le ofrecieran la revancha, hasta que mi madre daba por terminadas las veladas ajedrecísticas para poder ir a dormir.

Partida Karl Marx - Meyer (año 1867)

1.e4 e5

2.f4 (el Gambito de Rey, una apertura romántica y atacante) **exf4**

3.Ac4 g5

4.Cf3 g4

5.0-0 gxf3

El llamado Gambito Muzio, muy popular a finales del siglo XIX: un sacrificio de caballo para acelerar el desarrollo y poder lanzar un fuerte ataque contra la posición negra, más retrasada.

6.Dxf3 Df6

7.e5 Dxe5

8.d3 Ah6

9.Cc3 Ce7

El caballo sale por e7 en lugar de por f6 para evitar perder la dama cuando las blancas hagan Te1

10.Ad2 Cbc6

11.Tae1 Df5

12.Cd5

Más presión en la columna e, donde el pobre rey negro se encuentra esperando el chaparrón

12...Rd8

Un movimiento prudente, apartar al rey de la columna fatídica, pero las blancas tienen ya demasiada actividad a cambio de la pieza sacrificada

13.Ac3 Tg8

14.Af6



14...Ag5

15.Axg5 Dxg5

16.Cxf4 Ce5

Si las negras juegan 16...Cd4, entonces 17.Df2 Ce6, y parece que las blancas no compensan la pieza sacrificada

17.De4 d6

18.h4 Dg4

18...Dg7 parecía mejor porque defiende f7 y la dama no está en g4, casilla que será atacada por el alfil blanco, con la consiguiente ganancia de un tiempo

19.Axf7 Tf8

20.Ah5 Dg7

21.d4 C5c6

22.c3 a5

23.Ce6+ Axe6

24.Txf8+ Dxf8

25.Dxe6 Ta6

26.Tf1 Dg7

27.Ag4 Cb8 28.Tf7 Las negras abandonan

Al separarle de su madre, Helene, Freddy evitó tener que vivir en penosas condiciones durante su infancia, pero el pobre no recibió educación, y aunque ahora lee todo lo que pueda, ya es muy tarde para que la cabeza de un hombre maduro pueda convertirle en un intelectual. De todas formas, es un obrero cualificado y no se puede decir que pase penurias.

En cuanto a su relación con la familia, creo que mi padre sólo le habló en una ocasión, y fue sobre un asunto trivial. Y Engels no quiso coincidir nunca con él, hasta el extremo de que, después de morir mi padre y marcharse Lenchen a vivir con el General, Freddy sólo visitaba a su madre cuando él no estaba en la casa, entrando por la puerta de servicio, no por la puerta principal, y permaneciendo exclusivamente en la cocina o en el sótano, sin acceder al resto de la casa. A pesar de todo, Helene le quiso mucho y le dejó en herencia todo lo que tenía en el momento de su muerte. En ese sentido, creo que ha visto compensado el mal recibido cuando nació. Por cierto, Lenchen, a pesar de la

intimidad que había entre nosotras, nunca me dijo si alguna vez habló con su hijo sobre quién fue su padre.

Lo peor para Freddy vino cuando su mujer se marchó de casa, le abandonó por un militar y se fue con todo el dinero, además de con el que guardaba para el fondo de la asociación del trabajo. ¡Con todo lo bueno que es, ha tenido la mala suerte de recibir mucho mal a lo largo de su vida!

> De Eleanor Marx
>
> A Laura Marx
>
> 26 de julio de 1892
>
> Es estupendo que hayas enviado 50 francos a Freddy (¡sé que difícilmente puedes permitírtelo!), aunque, cuando él me pidió que tu marido no presionara a Longuet, no estaba queriendo dar a entender que tú le enviaras algo. Los hechos son éstos: la mujer de Freddy se marchó hace algún tiempo, llevándose no sólo la mayor parte de sus pertenencias y su dinero, sino, lo que es peor, 24 libras que guardaba a sus compañeros de trabajo. Este dinero pertenece a un fondo de compensación para ellos, y el sábado tiene que dar explicaciones sobre ese dinero. Ahora entenderás su mala situación. Freddy escribió a Longuet una y otra vez. Pero él ni siquiera contesta las cartas, por lo que me rogó que intentar convencer a Paul de que él explicara la situación a los administradores de algún modo. Por supuesto, yo no he contado todo esto a Longuet, ya que Freddy no quiere que lo sepa todo el mundo, especialmente Engels. Creo que nosotros podremos hacernos cargo del desembolso porque Edward espera obtener algo por una pequeña opereta que ha escrito, y eso, junto con lo que Freddy ya tiene, será suficiente.

Y luego vino el asunto de la herencia del General, que no le dejó ni un mísero *penny*. Menos mal que, con parte del dinero que recibimos Laura, el marido de Jenny y yo, le hemos ido ayudando. Si no hubiera sido por eso, no sé qué habría sido de él en los malos tiempos. ¡Pobre Freddy! El único consuelo que tiene es su hijo. Estoy segura de que sus buenos modales, su buen vestir, el maletín que siempre lleva al trabajo —en lugar del típico bolso de obrero— y el hecho de que use sombrero en lugar de gorra, es decir, esa manera de distinguirse del resto de los obreros, se debe a que necesita reafirmar su personalidad.



Helene Demuth

Es una suerte que no sepa quién fue su verdadero padre. Siempre ha creído que fue hijo natural del General, fruto de un desliz que tuvo con la fiel Lenchen, pero nunca ha sospechado nada sobre su relación con el Moro. Por supuesto, he hecho cuanto he podido para que nunca lo supiera. Las personas intelectuales amamos la verdad y por ella hacemos cualquier cosa, incluso sacrificamos nuestra felicidad; pero las más sencillas no pueden soportarla en la mayoría de los casos. Para ellas es más importante ser felices, aunque sea la felicidad de la ignorancia. Freddy es mi hermano y es una de las personas a las que más he querido, además del Moro, Möhme, Lenchen, mis hermanas y el General, pero es una persona sencilla, no un intelectual, y como tal hay que tratarle. Hay que protegerle de la verdad para que sea feliz, ya que no podría soportarla. No sé si los otros que conocen el secreto se lo han ocultado por este mismo motivo; supongo que algunos sí y otros no.

El Moro, a pesar de que, igual que su padre, solía renegar de su ascendencia judía, en realidad tenía en muchos aspectos un comportamiento patriarcal en el ámbito sexual. Estaba enamorado de mi madre, pero era fogoso y, como bien sé por lo que me han contado y por su correspondencia, no dudaba en satisfacer sus impulsos sexuales con otras mujeres. Eso no quita que, en general, estimara a las mujeres. Siempre trató a Möhme y a nosotras tres, sus hijas, con la máxima ternura, y siempre respetó nuestras opiniones. Confió en mi madre y en Lenchen en todos los sentidos, y les consultaba todo, incluso temas políticos. A sus tres hijas nos crio para que fuéramos personas independientes, no amas de casa atadas a un marido. Además de esa influencia directa,

las tres respiramos el buen ambiente intelectual que hubo siempre en nuestra casa, y es evidente que eso influyó en nuestra formación.

Pero, por lo demás, mi padre se dejaba llevar por los impulsos, o más bien por su impulso sexual. Me contó Jenny que en marzo de 1861 tuvo que viajar a Zaltbommel, Holanda, para ver —una vez más— a su tío Leon y pedirle dinero. En esta ocasión le pidió prestado a cuenta de la herencia de su madre, para que se lo descontara cuando ella muriera. Pues bien, no sólo consiguió 160 libras, sino que tal vez tuviera un *affair* sentimental con su prima Nanette, hija de Leon. Es posible que la primita quedara deslumbrada por la cultura y la fama de mi padre, ya que él en aquella época tenía cuarenta y tres años, y ella sólo veinticuatro. Por lo que me han contado, era muy guapa y seductora, con unos ojos negros muy bonitos. Mi padre por fuerza tuvo que cortejarla; de lo contrario, no se explica que pasara cuatro semanas en Holanda. He tenido acceso a la correspondencia que mantuvieron después, y ella le llamaba “Pachá”, como si fuera un soberano hindú —debido a la tez morena de mi padre—, y él la trataba como “dulce y encantadora primita”.

De: Karl Marx

A: Antoinette Philips

Londres, 17 de julio de 1861

Mi querida y dulce primita:

Espero que no hayas malinterpretado mi largo silencia. Al principio no sabía dónde dirigir mis cartas, si a Aquisgrán o a Bommel. Después tuve que atender unos molestos asuntos (…) Así que, mi querida niña, si debo confesarme culpable, hay muchas circunstancias atenuantes que, estoy seguro de que tú, como bondadoso juez, permitirás que influya en tu sentencia. En cualquier caso, me enfadaría si supusieras que, durante todo este tiempo, ha pasado un solo día sin que me acuerde de mi querida y pequeña amiga (…) Espero que no olvides tu promesa de visitar Londres, donde todos los miembros de la familia estarán encantados de recibirte. En cuanto a mí, no necesito decirte que nada en el mundo me daría más placer.

Espero, mi dulce y pequeña brujita, que no seas demasiado severa conmigo y que, como buena cristiana que eras, me envíes una de tus pequeñas cartas y demuestres no vengarte de mi largo silencio (…)

Tu más sincero admirador

Charles Marx

De todas formas, el Moro era mi amado padre, le quise como a nadie mientras vivió y siempre he honrado su memoria después de muerto. Incluso le he perdonado el daño que me hizo cuando no consintió mi relación con Lissagaray, mi querido Lissa, mi primer amor, el que siempre deja más huella.

Fue hace mucho —el año 1872— cuando le conocí. ¿Por qué mi padre se opuso con tanta fuerza a mi relación con él? Es algo que nunca he llegado a entender. Yo, una jovencita de diecisiete años, quedé deslumbrada por un apuesto francés que me doblaba la edad, alto, guapo, arrogante, cabello bien arreglado, buenos modales, y además héroe de la Comuna de París y autor de un libro sobre la misma. En cuanto le vi, me enamoré locamente de él. Él se dio cuenta enseguida, le gusté, por supuesto le gustó que fuera la hija de quien soy y nos hicimos novios.

Entiendo que el Moro estuviera harta de franceses en la familia: Jennychen casada con un francés y Laura casada con otro francés. Charles Longuet, el marido de Jennychen, hizo sufrir mucho a mi hermana, e incluso ahora, quince años después de su muerte, ni siquiera contesta a las cartas que le escribimos. Paul Lafargue, el marido de Laura, es de mucho mejor carácter, es una buena persona, pero no sabe ganarse la vida y el matrimonio ha ido sobreviviendo gracias a las ayudas económicas de otras personas, especialmente del siempre fiel Engels, que al morir prácticamente les solucionó la vida con lo que heredaron de él. Es posible que no quisiera verme casada también a mí con un francés, máxime con la fama de conquistador que tenía Lissagaray.



Prosper-Olivier Lissagaray

“Ma petite femme”, me llamaba. No pude soportar la negativa de mi padre, así que me fui de casa aprovechando el puesto de profesora que me salió en Brighton. Lejos de la casa de mis padres podría verle cuando me apeteciera, aunque fuera sin su beneplácito. Pero no pude soportar la tensión, enfermé de los nervios y tuve que volver con ellos. Una vez en casa, siguieron negando su consentimiento y por tanto prosiguió la tensión. A pesar de que fui con el Moro a varios balnearios para curarnos de nuestras respectivas enfermedades, mi relación con él fue muy fría durante varios años. Mientras tanto, de vez en cuando me veía con *Lissa* a escondidas. Pero esa situación no podía ser satisfactoria y mis sentimientos hacia él se fueron enfriando, hasta el punto de que, cuando un día, en 1882, el Moro me dijo que me daba plena libertad para elegir lo que decidiera en mi vida, ya era demasiado tarde para esa relación. A pesar de que nos habíamos prometido en secreto muchos años antes, rompimos nuestros lazos de unión y quedamos como dos buenos y viejos amigos.

De: Eleanor Marx

A: Olive Schreiner

Londres, 20 febrero de 1898

Mi querida Olive:

Esta noche he soñado con Lissagaray. Después de tanto tiempo sin haber pensado en él de esta forma, he soñado que me abrazaba muy fuerte y he escuchado con nitidez su voz diciéndome, como lo hacía entonces, “ma petite femme”. La sensación era tan intensa que me parecía que él estaba de verdad allí, a mi lado, en carne y hueso. Cuando desperté, me puse a pensar en él durante mucho tiempo.

¿Habríamos tenido una vida mejor?

Después de tantos años, hoy me he preguntado de nuevo por qué todo eso ocurrió como ocurrió. Él fue, sin duda, la persona que mejor me entendió, que mejor sabía lo débil que soy, cuánto necesito sentirme rodeada de cariño para poder vivir. En aquella época le decía que no me podía exigir que abandonara a mi familia por él, ya que sabía que sin ella yo no podría vivir (…) Él comprendía todo eso por completo.

Entonces, ¿por qué dejé de amarle, a mi adorable y paciente comunero?

Hoy, mirando hacia atrás, he sabido que fue una especie de proceso natural de autodefensa por mi parte. Lo que yo quería —conciliar a Lissa con el Moro— no era posible. Inconscientemente, mi decisión ya estaba tomada desde el principio: no podía romper con mi familia. Sólo me quedaba la

opción de dejar de amar a Lissagaray. Fue un proceso muy lento, sin que yo fuera totalmente consciente de él, pero así sucedió.

También tardé mucho en entender por qué mi padre no le aceptaba, pero hoy veo todo mucho más claro (…) El Moro me dijo: “Hija mía, si tú crees que realmente quieres estar al lado de ese hombre mucho mayor que tú y con tan pocas posibilidades de ofrecerte una vida estable, soy consciente de que no puedo hacer nada. He tratado de evitar que tengas los mismos padecimientos que, sin yo quererlo, le causé a tu madre (…) Si estuviera en mi poder, me gustaría salvar a mis hijas de los arrecifes en los cuales naufragó la vida de su madre. Siempre pensé que era mi deber de padre no permitir que, por lo menos tú, mi hija menor, tuviera la misma vida. Pero observo, con gran pena, que un padre, por mucho que lo intente y le duela, no tiene el poder de garantizar la felicidad de su hija. Y lo único que yo quiero es verte feliz, niña mía”.

Si en ese momento yo le hubiera dicho al Moro que no se culpara, que yo estaba segura de que mi felicidad estaba al lado de *Lissa*, estoy segura de que por fin me habría dado su aprobación, me habría dejado ir. Pero yo no sabía si quería ir, si quería mudarme a Francia (…) De hecho, en el fondo, ya había dejado de amar a mi querido héroe. Ya había sufrido mucho durante todos aquellos años, había sacrificado el amor de juventud por el amor de la familia, y quería terminar de una vez por todas con ese dolor. Quería sentirme completa, ser dueña de mi vida, seguir una carrera, ser productiva (…) Quería ser feliz.

Pero de todas formas esos fueron años muy malos para la familia. A finales de 1881 murió Möhme, después de mucho sufrir y de pasar los últimos años de vida prácticamente metida en la cama. Tenía graves problemas digestivos que culminaron en un cáncer de hígado, y todas las medicinas que tomó no sirvieron de nada. Cuando falleció, también mi padre estaba enfermo, en cama. La mañana del 2 de diciembre gritó: “Karl, he perdido mis fuerzas”, que fueron las palabras con las que se despidió. La enterraron en el cementerio de Highgate el día 5, y mi padre no pudo asistir al entierro, pero el General pronunció un bonito discurso.



Jenny Marx

Discurso de Friedrich Engels ante la tumba de Jenny Marx:

La mujer de noble corazón ante cuya tumba nos encontramos nació en Salzwedel en 1814. Su padre, el barón Westphalen, fue poco después nombrado representante del gobierno en Tréveris, donde estableció vínculos de amistad con la familia Marx. Los hijos de las dos familias crecieron juntos. Cuando Marx fue a la universidad, él y su futura mujer sabían que sus destinos serían inseparables para siempre.

En 1843, después de que Marx hubiese brillado públicamente por primera vez como director de la primera Gaceta Renana, y después de la supresión del periódico por parte del gobierno prusiano, se celebró la boda. Desde ese día, ella no sólo siguió la suerte, los trabajos y las luchas de su marido, sino que tomó parte activa en todos ellos con la más elevada de las inteligencias y la más profunda de las pasiones.

La joven pareja se exilió en París, al principio voluntariamente, después por obligación. Incluso en París el gobierno prusiano les persiguió (…) La familia se trasladó a Bruselas. Estalló la revolución de febrero. Durante los problemas causados por este acontecimiento en Bruselas, la policía belga no sólo arrestó a Marx, sino que metió en prisión también a su mujer, sin motivo alguno.

El esfuerzo revolucionario de 1848 llegó a su fin el año siguiente. Siguió un nuevo exilio, al principio de nuevo en París, y después, debido a la injerencia del gobierno, en Londres. Y en esta ocasión iba a ser un exilio real con toda su dureza.

Aguantó los lógicos sufrimientos del exilio, aunque a consecuencia de ellos perdió tres hijos, dos de ellos varones. Pero le dolía en lo más profundo que todos los partidos, tanto gubernamentales como de oposición, feudales, liberales y autoproclamados democráticos, juntos en una gran conspiración contra su marido, le acusaran de las más calumnias más viles y con más poca base, que toda la prensa, sin excepción, le cerrara las puertas, que estuviera indefenso frente a adversarios que él y ella despreciaban por completo. Y todo eso duró muchos años.

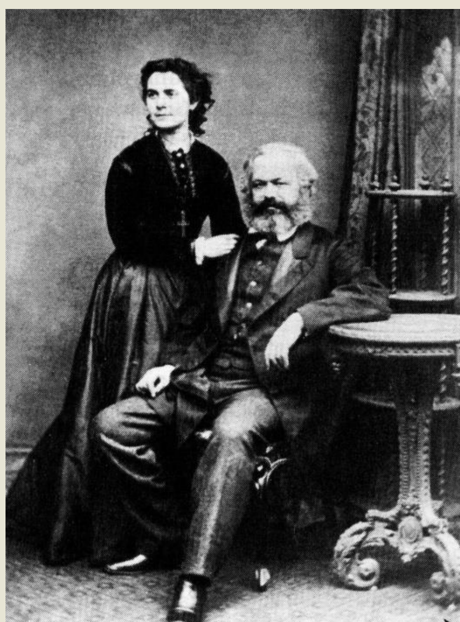
Pero no eso no iba a ser siempre así. Más adelante, la clase trabajadora de Europa se encontró en unas condiciones políticas que le ofrecieron al menos cierto espacio. Se formó la Asociación Internacional de Trabajadores; involucró en la lucha a un país civilizado tras otro, y en esa lucha, al frente de todos, participaba su marido. Después llegó para ella una época que compensó todos los sufrimientos pasados. Vivió para ver cómo todas las difamaciones construidas en torno a su marido volaban como las hojas con el viento; vivió para escuchar cómo las doctrinas de su marido suprimían aquello en que los reaccionarios de todos los países, tanto feudales como autoproclamados demócratas, habían puesto todos sus esfuerzos, vivió para escucharlas, proclamadas de forma abierta y victoriosa en todos los países civilizados y todos los idiomas civilizados.

Vivió para ver cómo el movimiento revolucionario del proletariado sacudía un país tras otro y alzaba su cabeza, consciente de la victoria, desde Rusia hasta América. Y uno de sus últimas alegrías, en su lecho de muerte, fue la espléndida prueba de una vida irreprimible, a pesar de todas las leyes represivas, que la clase trabajadora alemana dio en las últimas elecciones.

Lo que una mujer con un intelecto tan claro y crítico, con tanto tacto político, con esos arrebatos de carácter, con esa capacidad de autosacrificio, ha hecho para el movimiento revolucionario no ha salido a la luz, no se ha registrado en las columnas de la prensa. Sólo lo saben quienes vivieron cerca de ella. Pero sé que con mucha frecuencia echaremos de menos sus consejos audaces y prudentes, ofrecidos sin arrogancia, prudentes sin menoscabo del honor.

No necesito hablar sobre sus cualidades personales. Sus amigos la conocen y nunca las olvidarán. Si ha habido una mujer que encontró su mayor felicidad en hacer felices a los demás, esa mujer fue ella.

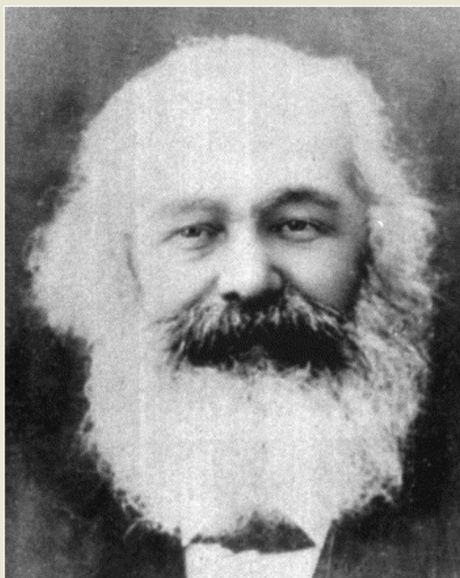
El lugar donde estamos es la mejor prueba de que vivió y murió con la plena convicción del materialismo ateo. No temía a la muerte. Sabía que un día tendría que volver, en cuerpo y mente, al seno de la naturaleza de la que había surgido. Y nosotros, que ahora la hemos dejado en su último lugar de descanso, intentemos mantener su memoria y ser como ella.



Jennychen y Karl

En enero de 1883 murió Jennychen, el último y más fuerte golpe para mi padre, el que terminó de quebrantar su salud, ya que sin su mujer y sin su hija favorita la vida dejaba de tener sentido. Pasaron dos meses llenos de dolores físicos y mentales, y el 14 de marzo tuvo lugar el acontecimiento más triste para la familia y para el socialismo internacional. Su salud se había agravado en los últimos años, las muertes de mamá y de Jenny le habían afectado profundamente, todos sabíamos que su fin estaba próximo; pero la muerte de un genio es un acontecimiento que nadie se espera, por muy enfermo que esté. Además, mi padre fue toda su vida un enfermo; no es que estuviera enfermo, sino que era enfermo por naturaleza. Su carácter le llevaba a padecer dolencias relacionadas con los nervios que no sanaban con medicina alguna. Eran aflicciones de la psique, no del cuerpo.

Murió recostado tranquilamente en su sillón. A las dos y media de la tarde del miércoles 14 de marzo de 1883, cuando el General acudió a su casa para su visita de todos los días, Lenchen bajó para decirle que el Moro estaba medio dormido en su sillón favorito, junto al fuego. Acudieron al dormitorio y le vieron morir.



Karl Marx, ya anciano

Le enterraron el día 17 en el cementerio de Highgate, en el lugar donde un año y medio antes habían enterrado a mi madre. Algo menos de veinte personas acudieron al entierro. Sobre el ataúd, dos coronas con lazos rojos, una del periódico alemán *Sozialdemokrat* y otra de la Asociación de Trabajadores Alemanes de Londres. Después del discurso que pronunció Engels, su yerno, Charles Longuet, leyó telegramas de condolencia procedentes de los partidos socialistas de Rusia, Francia y España. A continuación, su amigo Wilhelm Liebknecht pronunció un discurso en alemán. Su muerte paso prácticamente inadvertida en Inglaterra y los obituarios fueron breves y llenos de errores sobre los datos de su vida.

Discurso de Friedrich Engels ante la tumba de Marx:

El 14 de marzo, a las tres menos cuarto de la tarde, dejó de pensar el más grande pensador de nuestros días. Apenas le dejamos dos minutos solo y, cuando volvimos, le encontramos dormido suavemente en su sillón, pero ya para siempre.

Es de todo punto imposible calcular lo que el proletariado militante de Europa y América, así como la ciencia de la historia, han perdido con la muerte de este hombre. Muy pronto se dejará sentir el vacío que ha abierto la muerte de esta figura gigantesca.

Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana: el hecho, tan simple, pero oculto bajo la maleza ideológica, de que el hombre necesita, en primer lugar, comer, beber, tener un techo y vestirse, antes de poder hacer política, ciencia, arte, religión, etc.; que, en consecuencia, la producción de

los medios de vida inmediatos, materiales y, por consiguiente, la correspondiente fase económica de desarrollo de un pueblo o una época es la base a partir de la cual se han desarrollado las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, las ideas artísticas e incluso las ideas religiosas de los hombres, y con arreglo a la cual deben, por tanto, explicarse; y no al revés, como hasta entonces se había venido haciendo. Pero no sólo esto. Marx descubrió también la ley específica que mueve el actual modo de producción capitalista y la sociedad burguesa creada por él. El descubrimiento de la plusvalía arrojó una nueva luz sobre estos problemas, mientras que todas las investigaciones anteriores, tanto las de los economistas burgueses como las de los críticos socialistas, habían vagado en las tinieblas.

Dos descubrimientos como éstos debían bastar para una vida. Quien tenga la suerte de hacer tan sólo un descubrimiento así ya puede considerarse feliz. Pero no hubo un solo campo que Marx no sometiese a investigación —y estos campos fueron muchos, y no se limitó a tocar de pasada ni uno sólo de ellos—, incluyendo las matemáticas, en el que no hiciese descubrimientos originales. Así era el hombre de ciencia. Pero esto no fue, ni con mucho, la mitad del hombre. Para Marx, la ciencia era una fuerza histórica motriz, una fuerza revolucionaria. Por puro que fuese el gozo que pudiera depararle un nuevo descubrimiento hecho en cualquier ciencia teórica, y cuya aplicación práctica tal vez no podía preverse en modo alguno, era muy otro el placer que experimentaba cuando se trataba de un descubrimiento que ejercía inmediatamente una influencia revolucionaria en la industria y en el desarrollo histórico en general. Por eso seguía al detalle la marcha de los descubrimientos realizados en el campo de la electricidad, incluso los de Marcel Deprez en los últimos tiempos.

Pues Marx era, ante todo, un revolucionario. Cooperar, de este o de otro modo, al derrocamiento de la sociedad capitalista y de las instituciones políticas creadas por ella, contribuir a la emancipación del proletariado moderno, a quien él había infundido por primera vez la conciencia de su propia situación y de sus necesidades, la conciencia de las condiciones de su emancipación: tal era la verdadera misión de su vida. La lucha era su elemento. Y luchó con una pasión, una tenacidad y un éxito como pocos. *Primera Gaceta Renana*, 1842; *Adelante* de París, 1844; *Gaceta Alemana de Bruselas*, 1847; *Nueva Gaceta Renana*, 1848-1849; *New York Tribune*, 1852 a 1861; a todo lo cual hay que añadir un montón de folletos de lucha y el trabajo en las organizaciones de París, Bruselas y Londres, hasta que, por último, nació como remate de todo ella, la gran Asociación Internacional de Trabajadores, que era, en verdad, una obra de la que su autor podía estar orgulloso, aunque no hubiera creado ninguna otra cosa.

Por eso, Marx era el hombre más odiado y más calumniado de su tiempo. Los gobiernos, lo mismo los absolutistas que los republicanos, le expulsaban. Los burgueses, lo mismo los conservadores que los ultrademócratas, competían en lanzar difamaciones contra él. Marx apartaba todo esto a un lado como si fueran telas de araña, no hacía caso de ello; sólo contestaba cuando la necesidad imperiosa lo exigía. Y ha muerto venerado, querido, llorado por millones de obreros de la causa revolucionaria, como él, diseminados por toda Europa y América, desde las minas de Siberia hasta California. Y puedo atreverme a decir que si pudo tener muchos adversarios, apenas tuvo un solo enemigo personal. Su nombre vivirá a través de los siglos, y con él su obra.

Un bello discurso, sin duda, pero que falta a la verdad en muchos puntos; hay que reconocerlo. Quiero pensar que sólo quisieron acudir a su entierro los amigos más íntimos, pero lo cierto es que mi padre era un hombre prácticamente olvidado en el momento de su muerte. Hacía mucho que no escribía nada, muchos años que se había clausurado la Internacional, muchos años que no hacía política. Aun así, el discurso del General fue muy emotivo, lo mismo que los obituarios publicados por sus seguidores. Después de la muerte de mi padre, el General se implicó en la tarea de dar a conocer su obra, de actualizarla, de hacerla más accesible a la clase obrera, de reunir los apuntes que dejó mi padre para publicar los siguientes volúmenes de *El Capital* y de escribir libros que sirvieran para entender mejor los principios fundamentales de las teorías de mi padre. Por decirlo en pocas palabras, una vez muerto Marx, Engels estaba fundando el marxismo.

También me dolió mucho la muerte, en 1890, de la fiel Lenchen, nuestra segunda madre. Desde que murió mi padre se fue a vivir con el General, y ya liberada de la pesada carga de llevar una casa, vivió mejor que nunca. Nunca le faltó de nada y por fin pudo ver con total libertad a su hijo, es decir, cumpliendo las restricciones que escribí antes. Al morir, dejó a su hijo Freddy todas sus posesiones, que ascendían a noventa y cinco libras. Como era una más de la familia, la enterramos junto a mis padres.

De: Friedrich Engels

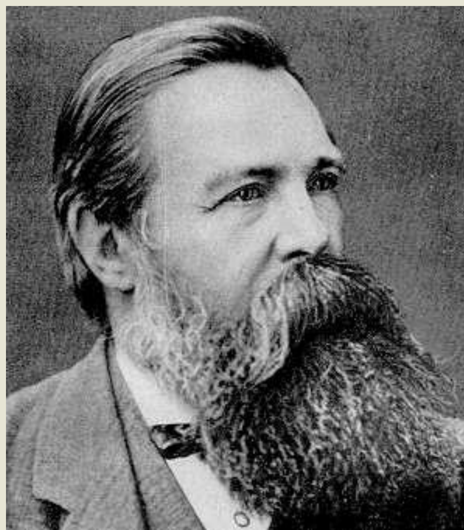
A: Friedrich Adolph Sorge

5 de noviembre de 1890

Hoy tengo tristes noticias que contar. Mi buena, querida y leal Lenchen ha fallecido plácidamente después de una enfermedad breve y prácticamente sin dolor. Hemos vivido juntos siete felices años en esta casa. Hemos sido los dos últimos de la vieja guardia de antes de 1848. Ahora estoy solo de nuevo. Si Marx, durante un largo período de tiempo, y yo, durante los

últimos siete años, tuvimos tranquilidad mental para trabajar, fue en esencia gracias a ella. No sé qué será de mí ahora. También echaré dolorosamente de menos sus discretos consejos respecto a los asuntos del partido.

En cuanto al General, fue siempre quien mejor salud tuvo de todos los miembros de la vieja guardia, y por eso mismo fue el último en morir. Y si no hubiera sido por ese cáncer de garganta, a saber cuántos años más podría haber vivido, ya que por lo demás se encontraba muy bien físicamente.



Friedrich Engels

Engels es ahora un setentón, pero lleva con facilidad sus tres veces veinte años más diez. Tanto física como intelectualmente se mantiene en forma. Lleva con tanta familiaridad sus seis pies y algo más de estatura, que uno no creería que fuera tan alto. Tiene barba, que adopta una extraña inclinación lateral, y que ahora comienza a encanecer. Su cabello, por el contrario, se mantiene castaño y sin una sola cana; por lo menos no he podido descubrir ninguna después de un atento examen. Incluso en lo referente a su cabello resulta más joven que la mayoría de nosotros. Pero si ya el aspecto externo de Engels es joven, él todavía lo es mucho más que su aspecto. Es realmente el hombre más joven que conozco. Y por lo que puedo recordar, en estos últimos veinte años no ha envejecido (…)

Todavía existe otro aspecto en Engels, quizás el más esencial, que creo merece señalarse. En vida de Marx decía de sí mismo: "He tocado el segundo violín y creo haber conseguido cierto virtuosismo, y me he considerado condenadamente feliz de haber podido contar con un primer violín tan bueno como Marx". En la actualidad Engels dirige la orquesta,

pero sigue tan modesto y sencillo como si, como él mismo dijo, tocara “el segundo violín”.

Eleanor Marx

Recuerdo con especial amargura esos días, no sólo por su muerte, sino porque fue cuando descubrí el asunto de la paternidad de Freddy, como ya he contado. Engels siempre vivió bien, y sólo los últimos meses de vida tuvo que sufrir.

De: Louise Freyberger

A: Eleanor Marx

5 de agosto de 1895

Querida Tussy:

El viejo y querido General cayó dormido plácidamente y sin sufrimiento a las 10:30 del día de hoy.

Salí de la habitación para cambiarme y ponerme algo para la vigilancia nocturna, estuve fuera cinco minutos, y cuando volví todo había acabado.

Tuya

Louise

Cuando murió, hicimos incinerar su cadáver, tal como había dejado encargado. Unos días después, con Edward, Bernstein y Lessner, llevamos la urna con sus cenizas a Eastbourn, el pueblo donde le gustaba pasar sus días de vacaciones, alquilamos una barca, nos adentramos en el mar y allí esparcimos sus cenizas. Igual que durante toda su vida cedió la primacía a mi padre y quiso mantenerse en un segundo plano —aunque en realidad nunca lo estuvo, fue tan responsable como mi padre de las empresas que emprendieron y se encargó de satisfacer las necesidades de la familia Marx—, no quiso que le enterraran, para que los obreros de todas las épocas visiten la tumba de mi padre, no la suya.

2

Edward es un enfermo moral y yo he querido curarle. Pero ya es tarde. Tarde para los dos, para él y para mí. Ya he desistido de hacerle cambiar, y ahora lo único que quiero es descansar de una vez. Ya no habrá más discusiones ni más sufrimiento. Va a salir a arreglar unos asuntos —eso me ha dicho; a saber con qué sucia amante se va a encontrar—, y aprovecharé para enviar a Gertrude a que compre en la botica el fármaco liberador. Dentro de unas horas llegará el sueño eterno, la falta de sensación, y con ella la falta de dolor. Porque, ¿qué otra cosa es el dolor sino sensación dañina, ya sea procedente del cuerpo o de la mente? ¿Y qué cosa es la muerte sino la ausencia de sensación y de dolor? Cuando el querido veneno detenga mi respiración, mi corazón, mi cerebro habré dejado de sufrir. Dicen que el efecto del ácido prúsico —más conocido como cianuro— es terrible y doloroso, pero también muy rápido. Unos minutos de convulsiones, rigidez muscular, pulso acelerado, dificultades para respirar y sensación de quemazón por todo el cuerpo, y al final el corazón deja de latir, los pulmones de respirar y sobreviene el coma irreversible. El tradicional arsénico es mucho peor, con largas horas de náuseas, dolores, calambres, diarreas y vómitos. Además, con tanto tiempo y esos síntomas tan notables corro el riesgo de que llamen a un médico y me dé algún antídoto, igual que pasó en aquella ocasión, hace más de diez años, en que Edward me humilló y yo tomé una buena cantidad de opio, pero me descubrieron y lograron salvarme haciéndome ingerir unos cuantos cafés bien cargados y no dejándome que me quedara quieta.

Sólo espero que el color azulado que mostrará mi cuerpo no deje un cadáver poco estético de ver. Por algo voy a estar recién bañada y me voy a poner un bonito pijama blanco. Ya que voy a acabar con todo, que sea bien y no de cualquier forma. Va a ser como Madame Bovary, pero sin el maldito arsénico. Al final resultará que durante mi vida no he podido cumplir mi gran sueño de ser actriz —después de que mi querida profesora me dijera que no tenía el talento suficiente—, pero pondré fin a mis días de un modo novelesco. Sólo espero que la posteridad sea benevolente conmigo.

Ansiamos vivir cuando nuestra vida está llena de alegría y gozo. Nos aferramos a la vida cuando nos queda algo por lo que luchar, o cuando siguen presentes algunos de los placeres que le dan sentido. Pero, ¿qué sentido tiene vivir cuando lo único que nos queda es dolor? Y no hablo del dolor físico, ese que puede amortiguarse tomando una píldora de opio. Hablo del dolor del corazón, del dolor emocional, ese que necesitaría de altas dosis de láudano, administradas de forma continua, varias veces al día, día tras día. Ese que no tiene cura porque su causa es una persona que actúa intencionalmente, y que sabemos que nunca dejará de obrar así porque no puede ser de otra forma. ¿Qué otra alternativa tengo? ¿Matarle? No sería capaz de hacerlo, y aunque pudiera lo peor no sería la cárcel, no, sino el remordimiento durante toda la vida por haberlo hecho y el dolor de haber acabado con la persona a la que yo quería. ¿Irme de su lado, olvidarle? No soportaría que tuviera una vida sin mí, que fuera feliz sin mí. ¿Estar toda la vida

sedada, bajo los efectos del opio a grandes cantidades? Llegaría un momento en que la dosis necesaria sería demasiado alta, y además creo que la vida hay que vivirla con lucidez, no en estado de sedación. No. La decisión que he tomado es, sin duda, la más adecuada. Decía Epicuro que no debemos temer a la muerte porque, cuando nosotros somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros no somos. Nunca llegamos a sentir qué es la muerte, y el proceso de morir no puede ser doloroso cuando es producido por un tóxico como el ácido prúsico. No voy a sufrir, y en cambio voy a poner fin a todos mis sufrimientos. Una decisión correcta, por tanto.



Eleanor Marx

El 31 de marzo de 1898, por la mañana temprano, Edward Aveling se vistió a duras penas para viajar a Londres él solo. Eleanor le rogó que no fuera, no sólo por su salud, sino porque no quería que se viera con ninguna amante ni con aquella a la que había convertido en su esposa. Edward no dijo nada, terminó de vestirse y se marchó.

A las 10 de la mañana, Eleanor envió a la criada, Gertrude Gentry, a la botica de George Dale, situada en el número 92 de la calle Kirkdale, con una nota que decía: “Por favor, entregue al portador cloroformo y una pequeña cantidad de ácido prúsico para el perro”. La nota incluía las iniciales E.A., y una tarjeta a nombre del doctor Edward Aveling. La criada regresó con un paquete que contenía dos onzas (60 mililitros) de cloroformo y un dracma (la octava parte de una onza, es decir, 3,75 mililitros) de ácido prúsico. También trajo el libro de venenos. Eleanor lo firmó con sus iniciales E.M.A. (Eleanor Marx Aveling), tras lo cual Gertrude fue a devolver el libro al boticario. Cuando volvió a casa, alrededor de las 10:45, subió a las habitaciones de la parte superior de la casa y encontró a Eleanor tumbada en la cama respirando con dificultad. Le preguntó qué le ocurría, y al

no recibir respuesta corrió a la casa de la vecina, la señora Kell, para pedir ayuda, y después a casa del médico. Cuando la señora Kell entró en el dormitorio de Eleanor, el veneno ya había cumplido su misión. Cuando llegó el doctor Henry Shackleton, tras un examen del cadáver, dedujo, por el color de la cara y por el característico olor a almendras amargas, que la causa de la muerte había sido un envenenamiento con ácido prúsico.

Eleanor había escrito dos notas de despedida.

Una para Aveling:

> Querido, muy pronto habrá terminado todo. Mi última palabra para ti es la misma que te dije durante todos estos largos y tristes años: Amor.

Otra para su sobrino favorito, Jean Longuet:

> Mi queridísimo Johnny:
>
> Mis últimas palabras son para ti. Intenta ser digno de tu abuelo. Tu tía Tussy.

La muerte suscitó muchas reacciones. Hubo quien dijo que había habido un pacto de suicidio entre Eleanor y Edward, y que éste no cumplió su parte y la dejó morir. También se dijo que él conocía sus intenciones, que se marchó de casa para no estar presente durante la muerte y que regresó cuando estuvo seguro de que todo había acabado.

Bernstein escribió un artículo expresando su opinión:

> (…) El doctor Aveling no ha intentado poner en duda ni refutar lo expuesto, ni tampoco librarse de la sospecha que todo esto arroja sobre él. La sospecha consiste en que el doctor Aveling, cuando salió de casa el 31 de marzo, sabía que Eleanor estaba decidida a acabar con su vida, y también sabía que había conseguido veneno para tal fin, y sabiendo esto, no obstante no hizo ningún esfuerzo para evitar el suicidio.
>
> Por tanto, que el doctor Aveling tenga, o no, responsabilidad criminal en la prematura muerte de Eleanor Marx, sólo puede decidirlo una investigación judicial. En cuanto a su responsabilidad moral, lo siguiente servirá a modo de aporte (…)

En el artículo, Bernstein resumía los últimos meses de vida en común de Eleanor y Aveling, las llamadas de socorro a Freddy Demuth y la actitud de Aveling la mañana del día del suicidio y cuando volvió a la casa, con Eleanor ya muerta. Bernstein afirmaba que, sin lugar a dudas, Aveling fue responsable moral de la muerte de Eleanor Marx, y tal vez responsable judicial.



Edward Aveling

Al funeral, celebrado el 5 de abril en el cementerio de Waterloo Station, acudió una gran multitud. Pronunciaron discursos varios dirigentes; Bernstein, entre otros. Sobre el ataúd había coronas de flores enviadas por la Federación Socialdemócrata, el Partido Socialdemócrata Alemán, numerosas agrupaciones de trabajadores y redacciones de periódicos. Aveling asistió, pero se limitó a pronunciar unas palabras sin ningún sentimiento y sin lágrimas en los ojos. El día anterior había ido a ver un partido de fútbol. Según Bernstein, si no hubiera sido porque no querían un escándalo público, la gente le habría despedazado. El cuerpo fue incinerado y Aveling no solicitó quedarse con las cenizas. Después de la investigación judicial, no fue encontrado culpable de ningún cargo.

Eleanor pudo descansar por fin en paz. Seguramente las palabras de su amiga, la actriz Olive Schreiner, no fueron en absoluto negativas: “Me siento muy contenta de que Eleanor esté muerta. Es una gran suerte que por fin haya logrado librarse de él”.

Edward Aveling recibió mil novecientas libras de la herencia, que se gastó en poco tiempo, en parte para pagar sus numerosas deudas. De todas formas, no pudo disfrutar demasiado porque murió cuatro meses después, de enfermedad renal. Durante ese tiempo se le prohibió asistir a las reuniones del partido y del sindicato.

La pequeña urna con las cenizas fue recogida por Lessner, que depositó en su interior una tarjeta que decía “Estas son las cenizas de Eleanor Marx”. La llevó a las

dependencias de la Federación Socialdemócrata, donde el secretario la colocó sobre la estantería acristalada de un armario, donde permaneció 23 años. Después de muchas tribulaciones, en 1956 fue enterrada junto a los restos de Marx, su mujer, su nieto Johnny y Helene Demuth, bajo el monumento a Marx que hay en el Cementerio de Highgate, de Londres.



Karl Marx y Friedrich Engels con las tres hijas del primero

3

Mi hermana Eleanor fue, con mucho, la más inteligente y mejor dotada de las tres. Ella heredó el amor por el conocimiento que siempre tuvo nuestro padre, y el hecho de querer ser siempre una mujer independiente le permitió conseguir logros que a Jennychen y a mí nos fueron ajenos. Sus apodos, aparte del conocido “Tussy”, fueron “Quo-quo” y “el Enano Alberich”. Tenía los ojos color castaño oscuro, el cabello negro azabache y la nariz gruesa de mi padre, y fue la favorita de mi madre. Nunca fue lo que se suele llamar *très jolie*, pero su alegría y su fuerza de carácter resultaban realmente atractivas. Fue la única de las tres que hablaba y leía alemán con soltura. Haber nacido nueve años antes que ella —1846 y 1855— me permitió observar sus progresos en todos los ámbitos, y he de decir que siempre fue una niña sobresaliente, si bien es cierto que, durante los años en que ella se crio, no tuvo que sufrir las penurias que sí pasamos las dos hermanas mayores, especialmente el tiempo que vivimos en aquel pequeño apartamento del Soho donde murieron tres de nuestros hermanos, donde mi madre

permanecía más días encamada que levantada, y donde *mon père* tenía que trabajar sobre una mesa carcomida, siempre que se lo permitían sus fuerzas, muy mermadas por la mala alimentación, el excesivo consumo de tabaco y el insomnio crónico, y cuando no se retorcía por los dolores causados por sus llagas, sus cólicos o sus hemorroides.

Mi padre fue excesivamente sobreprotector con Eleanor; por eso tuvo ese débil carácter, y por eso mismo necesitaba una figura paterna que la protegiese, aunque fuera el malvado de Aveling, la causa de todos sus males en sus últimos años de vida y el culpable de su suicidio.

Mi hermana Jennychen, conocida por la familia por “Emperador de China”, “Quiqui” y “Di”, tenía los ojos negros y el cabello color azabache, también como mi padre. Por lo demás, físicamente era la más parecida a Möhme, y de ella heredó no sólo el nombre, sino saber aguantar el sufrimiento, ya que tuvo un matrimonio difícil con el inepto de Charles Longuet, que tanto la hizo sufrir y tan poco la ayudó a llevar la casa. Mi padre no pudo oponer ningún reparo a la relación, ya que él siempre se comportó correctamente y Jenny ya tenía veintiocho años. Pero, igual que mi marido, Paul, Longuet era proudoniano. El pobre Moro tuvo que soportar declararse socialista científico y tener dos hijas casadas con dos socialistas utópicos. Imagino que este hecho le haría recordar sus viejas batallas dialécticas de juventud contra Proudhon y su *Miseria de la filosofía*, que escribió en contra de la obra *Filosofía de la miseria*, de aquél.

Antes de conocer a Longuet, con veinticuatro años, Jennychen se puso a trabajar de profesora de idiomas para ayudar económicamente a su padre, ante lo cual el Moro se preocupó porque temía que trabajar todo el día perjudicara su frágil salud.

Jennychen y Charles se conocieron cuando él huyó a Londres huyendo de la represión contra los comuneros de París, se casaron en 1872. Se mudaron a Oxford, donde Longuet intentó establecerse como profesor, pero no lo consiguió. Volvieron a Londres para conseguir trabajo, y en 1874 consiguieron trabajos como profesores. Entre los dos podían ganarse la vida pasando el día dando clase, ya que tenían que complementar sus trabajos con clases particulares.

Longuet era también bastante delicado de salud y lo único que supo hacer bien fue dejar a Jennychen embarazada de seis hijos en ocho años, a los que ni siquiera supo criar, razón por la que dos murieron muy pronto y los otros cuatro —una vez fallecida ella— no están recibiendo la educación que necesitan. Para colmo de males, en 1877 Longuet sufrió un brote de fiebre tifoidea que le dejó con un carácter irascible, casi histérico.

Con razón mi madre dudaba de que Longuet pudiera hacerla feliz, a ella, siempre tan frágil de salud. ¡Qué dolores tan terribles tuvo que sufrir la pobre Jennychen durante sus últimos años de vida! Dado que me duele hablar de ella, prefiero recordar el bello obituario que le dedicó el General.



Charles Longuet y Jennychen

Jenny Longuet, nacida Marx

Jenny, la hija mayor de Karl Marx, ha muerto en Argenteuil, cerca de París, el 11 de enero. Hace ocho años se casó con Charles Longuet, antiguo miembro de la Comuna de París y actual co-director de *Justice*.

Jenny Marx nació el 1 de mayo de 1844, creció en medio del movimiento proletario internacional y en estrecho contacto con él. A pesar de cierta reticencia que se debía a su timidez, cuando era necesario mostraba una presencia de ánimo y una energía que muchos hombres envidiarían.

Cuando la prensa irlandesa reveló el infame trato que los fenianos juzgados en 1866 y posteriormente tuvieron que sufrir en la cárcel, y los periódicos ingleses ignoraron obstinadamente las atrocidades; y cuando el gobierno de Gladstone, a pesar de las promesas realizadas durante la campaña electoral, rechazó amnistiarlos e incluso mejorar sus condiciones, Jenny Marx encontró un medio para que el piadoso señor Gladstone tomara medidas inmediatamente. Escribió dos artículos para el periódico Marsellesa, de Rochefort, describiendo vívidamente cómo se trata a los prisioneros políticos en la Inglaterra libre. Esto surtió efecto. La divulgación en un gran

periódico parisino fue irresistible. Unas semanas después, O'Donovan Rosa y la mayoría de los otros estaban libres y de camino a América.

En verano de 1871, Jenny, junto con su hermana menor, visitaron a su cuñado, Lafargue, en Bordeaux. Lafargue, su mujer, su hijo enfermo y las dos chicas se trasladaron de allí a Bagneres de Luchon, un balneario de los Pirineos. Una mañana temprano, un caballero se presentó ante Lafargue y le dijo: "Soy oficial de policía, pero republicano; hemos recibido una orden de arresto contra usted; se sabe que usted estuvo a cargo de la comunicaciones entre Bordeaux y la Comuna de París. Tiene usted una hora para cruzar la frontera".

Lafargue, con su mujer y su hijo, lograron pasar la frontera y entrar en España, por lo que la policía se vengó arrestando a las dos chicas. Jenny tenía en su bolsillo una carta de Gustave Flourens, el líder de la Comuna que fue asesinado cerca de París; si se descubría la carta, las dos hermanas tenían asegurado el viaje a Nueva Caledonia. Cuando se encontró un momento sola en la oficina de policía, Jenny abrió un polvoriento y viejo libro de cuentas, metió dentro la carta y volvió a cerrar el libro. Tal vez la carta siga aún allí. Cuando las dos chicas fueron llevadas a la oficina, el prefecto, el conde de Keratry, un bonapartista bien conocido, las interrogó. Pero la astucia del antiguo diplomático y la brutalidad del antiguo oficial de caballería sirvieron de poco al enfrentarse a la tranquila prudencia de Jenny. Salió de la sala en un ataque de ira por "la energía que parece propia de las mujeres de esta familia". Después de enviar varios mensajes a París y de recibir otros tantos, finalmente tuvo que liberar a las dos chicas, que habían sido tratadas de manera realmente prusiana durante su detención.

Estos dos incidentes son característicos de Jenny. El proletariado con ella ha perdido una valiente luchadora. Pero su padre, que se encuentra de luto, tiene al menos la consolación de que cientos de miles de trabajadores de Europa y América comparten su dolor.

En cuanto a mí, nací el 26 de septiembre de 1845 en Bruselas, cuando mi padre se encontraba en esa ciudad conspirando contra las monarquías europeas. Mi familia y mis amistades más cercanas, en lugar de llamarme por mi nombre, Laura, me conocieron por los apodos de "Hotentote" y "Kakadou". Tengo los ojos verdes y el cabello de color castaño claro, siempre me han dicho que soy bonita, y en cuanto al temperamento fui la más callada de las tres hermanas; incluso en algunos momentos tuve lo que podemos llamar ataques de melancolía. Siempre fui la más hogareña y la menos propensa a

meterme en política, así que supongo que estaba predestinada a casarme. De hecho, aunque Jenny era mayor que yo, me casé antes. Tuve un pretendiente llamado Charles Manning, que tenía bastante dinero y parecía un hombre honesto. Me pidió que entabláramos relación en numerosas ocasiones, pero yo simplemente no sentía nada por él, a pesar de que su hermana era una buena amiga mía.



Jennychen y Laura Marx

Conocí a Paul en 1866, con 20 años, y año y medio después me casé con él, no sin que antes mi padre mostrara su preocupación y le pidiera que demostrase que podía mantener sin problemas al matrimonio. Paul había comenzado a estudiar medicina en París, pero sus ideas revolucionarios habían provocado su expulsión. Por eso se trasladó a Londres, con la idea de acabar allí la carrera. Como buen revolucionario, empezó a visitar a mi padre, para presentarle sus respetos, pero pronto el objeto de su admiración fui yo, no el Moro. Reconozco que al principio me mostré un poco fría con él, pero así era mi carácter. Él, en cambio, no dejaba de cortejarme y llegaba a manifestarme su fogosidad antillana, que en aquel momento me incomodaba. Paul tenía sangre francesa, judía, india caribeña y negra, a partes iguales, y aunque de tez morena y cabellos ondulados, tenía todo el aspecto de un joven francés de buena familia. Su interés por mí fue pronto evidente, y el Moro se preocupó como todo padre lo hace por el bien de su *petite fille* y por el del futuro matrimonio. Así que, además de rogarle que fuera menos ardiente, escribió a su padre, para que le informara de la situación de la familia.

De: Karl Marx

A: Paul Lafargue

13 de agosto de 1866

Me va a permitir usted hacerle las siguientes observaciones:

1. Si quiere proseguir sus relaciones con mi hija, tendrá que reconsiderar su modo de “hacer la corte”. Usted sabe que no hay compromiso definitivo, que todo es provisional; incluso si ella fuera su prometida en toda regla, no debería olvidar que se trata de un asunto a largo plazo. La intimidad excesiva está, por ello, fuera de lugar, si se tiene en cuenta que los novios tendrán que habitar la misma ciudad durante un período necesariamente prolongado de rudas pruebas y de purgatorio (...) A mi juicio, el amor verdadero se manifiesta en la reserva, la modestia e incluso la timidez del amante ante su idolatrada, y no en la libertad de la pasión y las manifestaciones de una familiaridad precoz. Si usted defiende su temperamento criollo, es mi deber interponer mi razón entre ese temperamento y mi hija. Si en su presencia es usted incapaz de amarla de un modo conforme a la latitud de Londres, tendrá que resignarse a quererla a distancia. Estoy seguro de que entiende lo que le quiero decir.

2. Antes de establecer definitivamente sus relaciones con Laura, necesito serias explicaciones sobre su posición económica. Mi hija supone que estoy al corriente de sus asuntos, pero se equivoca. No he sacado a relucir hasta ahora esta cuestión porque, a mi juicio, la iniciativa debería haber provenido de usted. Usted sabe que he sacrificado toda mi fortuna en las luchas revolucionarias. No lo siento, sin embargo. Si tuviera que recomenzar mi vida, obraría de la misma forma (...) Pero, en lo que esté en mis manos, quiero salvar a mi hija de los escollos con los que se ha encontrado su madre (…) En lo que respecta a su posición en general, sé que usted aún es estudiante, que su carrera en Francia ha quedado más o menos arruinada por cierto incidente, que aún no domina el idioma, algo indispensable para su aclimatación en Londres, y que su futuro es, como mucho, enteramente problemático (…) Respecto a su familia, no sé nada.

3. Para evitar toda mala interpretación de mi carta, le puedo asegurar que si usted desea contraer matrimonio en las circunstancias actuales, eso no sucedería. Mi hija no consentiría (…)

4. Me gustaría que esta carta fuera un asunto privado entre nosotros dos. Espero su respuesta.

Suyo,

Karl Marx

Posteriormente, Paul dejó testimonio escrito sobre esos primeros contactos con mi padre. Nunca guardó ningún resentimiento contra él; al contrario, su admiración por él fue constante. *Mon cher mari* puede tener defectos, como todo el mundo, pero nunca ha tenido malos sentimientos hacia nadie.

> Fue en febrero de 1865 cuando vi por vez primera a Karl Marx. La Internacional había sido fundada el 28 de septiembre de 1864, en la asamblea celebrada en St. Martin's Hall. Yo acudí desde París para llevarle noticias de los progresos que la joven asociación había logrado allí. El joven Tolain, hoy senador de la república burguesa y uno de sus delegados en la Conferencia de Berlín, me había provisto de una carta de recomendación.
>
> Por aquel entonces tenía yo veinticuatro años, y toda mi vida recordaré la impresión que me causó aquella primera visita. Marx estaba enfermo y trabajaba en el primer volumen de *El Capital*, que no se publicó hasta dos años más tarde, en 1867, y que él temía no poder concluir. Le gustaba recibir gente joven, pues según decía, “tengo que ir formando hombres que después de mí prosigan la propaganda comunista” (…)
>
> En aquel gabinete de trabajo de Maitland Park Road —donde desde todas las partes del mundo civilizado confluían los camaradas para consultar al maestro de la causa socialista— no se me apareció como el incansable e incomparable agitador socialista, sino como erudito. Aquel gabinete es histórico, y es preciso conocerlo para poder penetrar en la vida intelectual de Marx en su lado más íntimo. Estaba situado en el primer piso, y la amplia ventana que confería tanta luminosidad al cuarto, daba al parque. A ambos lados de la chimenea, y frente a la ventana, las paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros, y cargadas hasta el techo con manuscritos y paquetes de periódicos. Frente a la chimenea, y a un lado de la ventana, había dos mesas cubiertas de papeles, libros y diarios. En el centro de la habitación, donde la luz era más favorable, estaba la pequeña y sencilla mesa de trabajo (3 pies de largo por dos pies de ancho) y el sillón de madera. Entre el sillón y la estantería, frente a la ventana, había un sofá de cuero en el que se estiraba Marx de tiempo en tiempo para descansar. En la repisa todavía había más libros, y entre ellos cigarros, cerillas, cajitas de tabaco, pisapapeles, fotografías de sus hijas, de su esposa, de Wilhelm Wolff y de Friedrich Engels (…)
>
> Marx no permitía que nadie ordenara, o más bien desordenara, sus libros y papeles. Por otra parte, el desorden reinante sólo era aparente: todo se encontraba en el sitio preciso que él deseaba, y sin tener que buscar, siempre cogía el libro o cuaderno que en aquel momento necesitaba. Incluso en

medio de una conversación se interrumpía a menudo para demostrar con ayuda de un libro alguna cita o cifra que acababa de utilizar. Formaba una unidad con su gabinete de trabajo, cuyos libros y papeles le obedecían como sus propios miembros.

Para la colocación de sus libros no se guiaba por la simetría externa, y así podían verse mezclados los formatos en cuarto, en octavo y los folletos. No ordenaba los libros por su tamaño, sino según su contenido. Los libros no eran para él objetos de lujo, sino herramientas intelectuales: "Son mis esclavos y deben servirme según mi voluntad". Maltrataba sus libros sin respetar el formato, la encuadernación, la belleza del papel o la impresión. Doblaba las esquinas, cubría los márgenes de trazos de lápiz y subrayaba las líneas. No hacía anotaciones en sus libros, pero en ocasiones no podía evitar un interrogante o una exclamación cuando algún autor se pasaba de la raya. El sistema de subrayados que utilizaba le permitía encontrar con la máxima rapidez los pasajes buscados en cualquier libro. Tenía la costumbre de volver a leer siempre de nuevo los pasajes señalados, incluso después de años, con el fin de retenerlos bien en su memoria, de extraordinaria agudeza y exactitud. Siguiendo el consejo de Hegel, entregó su memoria desde la juventud, aprendiendo de memoria versos en alguna lengua desconocida para él (…)

Descansaba yendo de un lado a otro en su gabinete; desde la puerta hasta la ventana la alfombra mostraba una franja completamente gastada, tan claramente delimitada como un sendero en un prado. De vez en cuando se estiraba en el sofá para leer alguna novela; en ocasiones leía dos o tres al mismo tiempo (…)

Marx leía todas las lenguas europeas y escribía tres: alemán, francés e inglés, para admiración de todos quienes conocían tales idiomas. Le gustaba repetir el lema: «Una lengua extranjera es un arma en la lucha por la vida.» Poseía un enorme talento para las lenguas, que heredaron también sus hijas. Contaba ya cincuenta años cuando se decidió a aprender también el ruso, y a pesar de que esa lengua no guarda relación etimológica próxima con ninguna de las lenguas antiguas y modernas que él conocía, al cabo de seis meses ya lo dominaba hasta el extremo de poder recrearse en la lectura de los poetas y novelistas rusos que más apreciaba: Pushkin, Gógol y Schedrín. La razón por la cual aprendió ruso era poder leer los documentos de las investigaciones oficiales, que el gobierno mantenía en secreto debido a sus terribles revelaciones; unos amigos devotos los habían conseguido para Marx, que a buen seguro es el único economista político de toda Europa Occidental que tiene conocimiento de ellos (…)

La biblioteca de Marx, que contenía más de mil volúmenes reunidos cuidadosamente en el curso de su larga vida de investigaciones, no le

bastaba. Así, durante años fue un asiduo visitante del Museo Británico, cuyo catálogo apreciaba en mucho. Incluso sus enemigos se han visto obligados a reconocer su vasto y profundo saber, que no sólo poseía en su propio campo, la economía política, sino también en los campos de la historia, la filosofía y la literatura de todos los países.

Aunque siempre se retiraba a dormir a hora muy avanzada, ya se le podía ver levantado entre las ocho y las nueve de la mañana. Después de ingerir su café negro y leer los periódicos, acostumbraba a recluirse en su gabinete de trabajo, donde permanecía hasta las dos o las tres de la noche. Sólo interrumpía su trabajo para las comidas y para hacer un paseo a Hampstead Heath cuando el tiempo lo permitía. Durante el día dormía una o dos horas en su sofá. En su juventud tenía la costumbre de pasar noches enteras en vela, enfrascado en su trabajo. El trabajar se había convertido para Marx en una verdadera pasión, que le absorbía hasta el punto de olvidarse de comer. En no pocas ocasiones había que llamarle repetidamente antes de que acudiera al comedor, y apenas había ingerido el último bocado volvía a dirigirse a su gabinete de trabajo. Era persona muy poco dada a la comida e incluso sufría de falta de apetito, que intentaba combatir mediante el consumo de manjares muy salados, jamón, pescado ahumado, caviar y escabeches. Su estómago tenía que pagar por la enorme actividad de su cerebro. Marx sacrificaba todo su cuerpo en aras de su cerebro: la actividad mental constituía su máxima satisfacción (…)

Su cuerpo debió ser de fuerte constitución para poder hacer frente a esa forma de vida tan desacostumbrada y a esos trabajos intelectuales tan agotadores. Era efectivamente un hombre muy robusto: su estatura era superior al promedio, los hombros anchos, el pecho bien desarrollado, los miembros proporcionados, a pesar de que la columna vertebral era algo larga en comparación con las piernas, detalle que es bastante frecuente en la raza judía. Si en su juventud hubiera practicado intensamente la gimnasia, se habría convertido en un hombre de extraordinaria fortaleza. El único ejercicio físico que siempre practicaba era caminar; era capaz de charlar y fumar horas enteras mientras caminaba o subía colinas, sin denotar el menor cansancio. Puede afirmarse que en su gabinete trabajaba caminando; sólo tomaba asiento en cortos intervalos, con el objeto de poner por escrito lo que había concebido al pasearse. También le gustaba charlar mientras caminaba, parándose siempre que la discusión se avivaba o cobraba importancia (…)

El cerebro de Marx estaba repleto de una increíble cantidad de hechos históricos y científicos y de teorías filosóficas, y era capaz de hacer un uso apropiado de todos esos conocimientos y observaciones reunidos en largos trabajos intelectuales. Uno podía preguntarle en cualquier momento y sobre cualquier tema, y en todo momento daba la respuesta más completa que uno

pudiera desear, acompañada siempre de reflexiones filosóficas de carácter general. Su cerebro semejaba un buque de guerra anclado en el puerto y con las máquinas a pleno vapor, dispuesto en todo momento a zarpar en cualquier dirección del pensamiento. *El Capital* nos revela a buen seguro un intelecto de sorprendente fuerza y altos conocimientos, pero ni para mí ni para ninguno de quienes conocíamos de cerca a Marx, *El Capital* u otra obra suya reflejaba toda la magnitud de su genio y saber. Estaba muy por encima de sus obras (…)

Para llegar a conocer y querer el corazón que latía en este erudito, había que ver a Marx después de cerrar sus libros y apuntes, en el seno de su familia, y las tardes de los domingos rodeado de sus amigos. En tales ocasiones demostraba ser una persona de lo más sociable, lleno de humor, chistoso, que podía reír de todo corazón. Sus ojos negros, coronados de espesas cejas oscuras, lanzaban destellos de alegría y de burlona ironía cuando escuchaba una palabra chistosa o una buena salida.

Era un padre dulce, cariñoso y considerado. Solía decir: «Los niños han de educar a los padres.» En las relaciones con sus hijas —que le amaban en grado sumo— jamás se impuso la menor sombra de autoridad paternal. Jamás les obligaba algo, sino que pedía lo deseado como si se tratara de un favor, o bien les proponía que dejaran de hacer aquello que pensaba prohibirles. Y a pesar de ello, a pocos padres se les ha hecho tanto caso como a él. Sus hijas le consideraban como a un amigo y le trataban como a un compañero. No le llamaban “padre”, sino “Moro”, apodo que había recibido por su tez morena y por su cabello y barba de ébano.

Pasaba horas enteras jugando con sus hijas, que todavía hoy recuerdan las batallas navales y el incendio de flotas enteras de barquitos de papel que Marx fabricaba para ellas, colocándolos luego en una enorme tinaja llena de agua y entregándolas a las llamas, para diversión general de las chiquillas. Los domingos sus hijas no le permitían que trabajara; ese día les pertenecía. Cuando hacía buen tiempo, toda la familia hacía largas excursiones por el campo, parando en sencillas fondas para refrescarse con cerveza de jengibre y comer pan con queso. Cuando sus hijas todavía eran pequeñas, les acortaba el camino contándoles cuentos fantásticos de hadas que parecían no querer acabar nunca, y que iba inventando a medida que caminaban y cuyos enredos iba complicando e incrementando según la longitud del camino, de modo que el interés de la narración hiciera olvidar a las chiquillas su cansancio (…)

Marx colocaba la opinión de Engels por encima de todas las demás, pues Engels era para él un hombre a quien creía capaz de ser su colaborador. Engels era para él todo un público; ningún esfuerzo le era demasiado para convencerlo, para ganarlo para sus ideas. He visto, por ejemplo, que volvía

> a leer libros enteros desde el principio, con el fin de poder encontrar los datos que precisaba para cambiar una opinión de Engels sobre algún aspecto secundario, que ya no recuerdo, de la guerra política y religiosa de los albigenses. El poder ganar la opinión de Engels le significaba un auténtico triunfo.
>
> Marx estaba orgulloso de Engels. Me enumeraba con satisfacción todos los méritos morales e intelectuales de su amigo; incluso viajó conmigo expresamente a Manchester para presentármelo. Admiraba la extraordinaria diversidad de sus conocimientos científicos, y se intranquilizaba por los menores acontecimientos que pudieran afectarle.
>
> Paul Lafargue

El Moro escribió al padre de Paul, que vivía en Burdeos, y éste le tranquilizó diciéndole que la familia contaba con recursos, entre los que se encontraban plantaciones de café en Cuba, y que podían ofrecer a la joven pareja una renta para que pudieran vivir holgadamente. El padre de Paul también aprovechó para pedir mi mano. Nos casamos en 1868, nos instalamos en Burdeos, con frecuentes viajes a España, para participar en la organización de la sección española de la Internacional. Allí conocimos a destacados socialistas de ese país, como Pablo Iglesias, José Mesa y Anselmo Lorenzo, quien se hizo muy amigo de mi marido y llegó a conocer a mi padre durante un viaje que hizo a Londres.

> Al cabo de poco rato paramos delante de una casa, llamó el cochero y se me presentó un anciano que, encuadrado en el marco de la puerta, recibiendo de frente la luz de un candil, parecía la figura venerable de un patriarca producida por la inspiración de eminente artista. Me acerqué con timidez y respeto, anunciándome como delegado de la Federación Regional Española de la Internacional, y aquel hombre me estrechó entre sus brazos, me besó la frente, me dirigió palabras afectuosas en español y me hizo entrar en su casa. Era Carlos Marx.
>
> Su familia ya se había recogido, y él mismo, con amabilidad exquisita, me sirvió un apetitoso refrigerio; al final tomamos té y hablamos extensamente de ideas revolucionarias, de la propaganda y de la organización, y se mostró satisfecho de los trabajos realizados en España, al juzgar el resumen que le hice de la memoria de que era portador para presentarla a la conferencia. Agotada la materia, o más bien deseando dar expansión a una inclinación especial, mi respetable interlocutor me habló de literatura española, que conocía detallada y profundamente, causándome asombro lo que dijo de nuestro teatro antiguo cuya historia, vicisitudes y progresos dominaba

perfectamente. Calderón, Lope de Vega, Tirso y demás grandes maestros, no ya del teatro español, sino del teatro europeo, según juicio suyo, fueron analizados en conciso y a mi parecer justo resumen. En presencia de aquel gran hombre, ante las manifestaciones de aquella inteligencia, me sentía anonadado, y a pesar del inmenso gozo que experimentaba hubiera preferido hallarme tranquilo en mi casa, donde, si bien no me asaltarían sensaciones tan diversas, nada me reprocharía no hallarme en armonía con la situación ni con las personas.

No obstante, haciendo un esfuerzo casi heroico para no dar triste idea de mi ignorancia, suscité la semejanza que suele hacerse entre Shakespeare y Calderón y evoqué el recuerdo de Cervantes. De todo ello habló Marx como consumado experto, dedicando frases de admiración al ingenioso hidalgo manchego.

He de advertir que la conversación fue sostenida en español, que Marx hablaba regularmente, con buena sintaxis, como sucede a muchos extranjeros ilustrados, aunque con una pronunciación defectuosa, debido en parte a la dureza de nuestras letras “c”, “j” y “r”.

Anselmo Lorenzo - Septiembre de 1871



Paul Lafargue

También viajábamos a Londres para visitar a mis padres, y en 1871 tuvo lugar el apasionante —con terrible final— de la *Commune de Paris*. Paul participó activamente, por lo que tras su caída y la consecuente represión contra los comuneros, tuvimos que trasladarnos a España, donde pasamos un par de años. En 1873 nos fuimos a Londres, donde Paul quiso dedicarse a la litografía, pero el negocio le salió mal y el General tuvo que ayudarnos. He tenido tres hijos, pero todos murieron a muy temprana edad, a pesar de los cuidados de Paul. Precisamente fue eso lo que terminó de convencerle de que debía abandonar la medicina, que siempre había ejercido a regañadientes. Tras la amnistía aprobada en Francia, volvimos allí y nos establecimos, pero seguimos dependiendo del bueno de Engels, que parece que nació para dedicar su vida a ayudar a la familia Marx. La verdad es que no sé qué habría sido de la familia si no hubiera sido por él. Habríamos perecido en la más absoluta miseria, así que espero que la posteridad le reconozca este mérito, aparte de su labor como organizador y, por supuesto, como autor de artículos y libros. Paul colaboró en la organización del partido socialista francés, con algunos sobresaltos en forma de acoso policial, aunque ha tenido el honor de ser el primer socialista en pertenecer al Parlamento. Fuimos sobreviviendo, a veces bien, a veces mal, hasta que murió el General, quien nos legó parte de sus posesiones, tras lo cual compramos nuestra propia casa y hemos tenido de sobra para vivir hasta ahora.

Paul también ha contribuido al movimiento socialista con muchos artículos y algunos libros. El que más éxito ha tenido ha sido *El derecho a la pereza*, que no gustó demasiado a mi padre, cuando pudo leerlo en sus últimos meses de vida, ya muerta mi madre y en un momento en que nada le hacía ilusión ni parecía alegrarle. Al fin y al cabo, el Moro decía en su juventud que el trabajo forma parte de la esencia del hombre, así que poca gracia podía hacerle que ahora su yerno dijera que el trabajo es una desgracia.

> Paul Lafargue, *El derecho a la pereza*
>
> En la sociedad capitalista, el trabajo es la causa de toda degeneración intelectual, de toda deformación orgánica (…) En la sociedad capitalista, el trabajo es la causa de toda degeneración intelectual, de toda deformación orgánica (…) ¿Cuáles son, en cambio, las razas para quienes el trabajo es una necesidad orgánica?
>
> Los auverneses en Francia; los escoceses, esos auverneses de las islas británicas; los gallegos, esos auverneses de España; los pomerianos, esos auverneses de Alemania; los chinos, esos auverneses de Asia. En nuestra sociedad, ¿cuáles son las clases que aman el trabajo por el trabajo? Los campesinos propietarios, los pequeños burgueses, quienes, curvados los unos sobre sus tierras, sepultados los otros en sus negocios, se mueven como el topo en la galería subterránea, sin enderezarse nunca más para contemplar a su gusto la naturaleza.

Y también el proletariado, la gran clase de los productores de todos los países, la clase que, emancipándose, emancipará a la humanidad del trabajo servil y hará del animal humano un ser libre; también el proletariado, traicionando sus instintos e ignorando su misión histórica, se ha dejado pervertir por el dogma del trabajo. Duro y terrible ha sido su castigo. Todas las miserias individuales y sociales son el fruto de su pasión por el trabajo (…)

Nuestro siglo —dicen— es el siglo del trabajo. En efecto, es el siglo del dolor, de la miseria y de la corrupción. Y, sin embargo, los filósofos y economistas burgueses, desde el penosamente confuso Augusto Comte hasta el ridículamente claro Leroy- Beaulieu, los literatos burgueses, desde el charlatanamente romántico Víctor Hugo hasta el ingenuamente grotesco Paul de Kock, todos han entonado cánticos nauseabundos en honor del dios Progreso, el hijo primogénito del Trabajo.

Trabajad, trabajad, proletarios, para aumentar la fortuna social y vuestras miserias individuales; trabajad, trabajad para que, haciéndoos cada vez más pobres, tengáis más razón de trabajar y de ser miserables. Tal es la ley inexorable de la producción capitalista.

Los proletarios, prestando atención a las falaces palabras de los economistas, se han entregado en cuerpo y alma al vicio del trabajo, contribuyendo con esto a precipitar la sociedad entera en esas crisis industriales de sobreproducción que trastornan el organismo social. Entonces, como hay abundancia de mercancías y escasez de compradores, se cierran las fábricas, y el hambre azota a las poblaciones obreras con su látigo de mil correas (…)

Para que llegue a la conciencia de su fuerza es necesario que el proletariado pisotee los prejuicios de la moral «cristiana», económica y librepensadora; es necesario que vuelva a sus instintos naturales, que proclame los Derechos a la pereza, mil y mil veces más nobles y más sagrados que los tísicos Derechos del hombre, concebidos por los abogados metafísicos de la revolución burguesa; que se obligue a no trabajar más de tres horas diarias, holgazaneando y gozando el resto del día y de la noche.

Y así ha sido nuestra vida, que hemos dedicado a lo que nos ha gustado y en la que nunca hemos ejercido ningún empleo, excepción hecha de los artículos que Paul ha escrito para diversas publicaciones. Llevamos muchos años viviendo tranquilamente en nuestra casa de Draveil, que compramos con la herencia del General. Nos han visitado cientos de amigos, especialmente miembros de partidos socialistas de todo el mundo. El año pasado, por ejemplo, estuvieron aquí los rusos Vladímir Lenin y Nadeshda

Krúpskaya. Llegaron aquí en bicicleta. Tomaron el té con nosotros, Paul habló con él sobre filosofía y yo paseé con ella por el jardín.



Laura Marx

En este momento, Paul con sesenta y nueve años y yo con sesenta y seis, habiendo agotado las rentas que nos quedaban de lo que nos legó Engels y de la herencia de los padres del Paul, sin hijos —ya que todos murieron en la primera niñez— y sintiendo cómo nuestros cuerpos van envejeciendo y sufriendo cada vez más enfermedades, ha llegado el momento de la liberación final. ¿Qué sentido tiene la vida cuando ya no hay nada por lo que vivir, cuando la vejez impone su ley? Mi hermana Eleonor se suicidó por desesperación, en un arrebato, por dolor ante las traiciones procedentes de Aveling. Sin embargo, Paul y yo vamos a acabar con nuestras vidas con toda la placidez del mundo, después de una larga deliberación y habiéndolo pensado mucho. El cianuro será el veneno liberador, pero, para evitar la más mínima agonía —que sin duda sufrió mi hermana durante unos minutos—, nos inyectaremos la sustancia en lugar de beberla, para que la muerte sea más rápida. Me contaron que un fuerte aroma a almendras amargas impregnaba el aire de la habitación en que mi hermana se suicidó. Imagino que quien nos descubra muertos mañana percibirá el mismo olor.

Y cumplieron con lo proyectado. Paul y Laura no estaban enfermos, con la salvedad de los achaques propios de la edad, si bien tampoco eran unos ancianos. El 26 de noviembre de 1911, el jardinero de la casa encontró a los dos sin vida, completamente vestidos, sentados en sendos sillones de un dormitorio. Sobre una mesa había una nota.

> Sano de cuerpo y de mente, pongo fin a mis días antes de que la penosa vejez, que me ha quitado los placeres y alegrías uno tras otro, y que me ha quitado mi fuerza física y mental, pueda paralizar mi energía y acabar con mi fuerza de voluntad convirtiéndome en una carga para mí mismo y para los demás. Durante algunos años me había prometido no vivir más allá de los setenta años de edad, y fijé el año exacto de mi despedida de la vida. Preparé el método para la ejecución de nuestro deseo, una inyección hipodérmica de cianuro. Muero con la gran alegría de saber que, en algún momento futuro, triunfará la causa a la cual he dedicado cuarenta y cinco años. ¡Larga vida al comunismo! ¡Larga vida a la Segunda Internacional!
>
> Paul Lafargue

Dejaron poco dinero a su muerte: lo justo para pagar el funeral y algo para el jardinero. Parece evidente, por tanto, que se les había acabado el que tenían y preferían no seguir viviendo pasando penurias. Lafargue fue toda su vida un hedonista, y en la vejez no iba a ser distinto; su mujer, Laura, le apoyó en su decisión final.

La lluviosa tarde del domingo 3 de diciembre, los cuerpos de Paul y Laura fueron incinerados en el cementerio de Pere-Lachaise. Una gran multitud acudió al funeral. Entre los asistentes había destacados representantes de partidos socialistas: Jaures por el francés, Kautsky por el alemán y Lenin por el ruso, entre ellos. Los más destacados ofrecieron discursos. Lenin, fuertemente impresionado por el acontecimiento, afirmó que si un socialista ya no puede hacer nada por la causa, puede afrontar la muerte y poner fin a la vida.


Vladímir Lenin y Nadeshda Krúpskaya

Discurso de Lenin en el funeral por Laura Marx y Paul Lafargue

Camaradas: Tomo la palabra para expresar en nombre del Partido Socialdemócrata Ruso nuestro profundo dolor por la muerte de Paul y Laura Lafargue (...) Para los obreros socialdemócratas rusos era Lafargue un vínculo entre dos épocas: la época en que la juventud revolucionaria de Francia y los obreros franceses se lanzaban, en nombre de las ideas republicanas, al asalto contra el Imperio, y la época en que el proletariado francés, bajo la dirección de los marxistas, ha desplegado la subsiguiente lucha de clase contra todo el régimen burgués, preparándose para la lucha final contra la burguesía, por el socialismo.

Los socialdemócratas rusos, que sufrimos toda la opresión de un absolutismo impregnado de barbarie asiática y que hemos tenido la dicha de conocer en forma directa, por las obras de Lafargue y de sus amigos, la experiencia revolucionaria y el pensamiento revolucionario de los obreros europeos, vemos hoy con particular claridad cuán rápidamente se avecina la época del triunfo de la causa a cuya defensa consagró su vida Lafargue (...) En Europa se multiplican los síntomas de que se aproxima el fin de la época de dominación del llamado parlamentarismo burgués pacífico, para ceder lugar a una época de batallas revolucionarias del proletariado organizado y educado en el espíritu de las ideas del marxismo, y que ha de derrocar el dominio de la burguesía e implantar el régimen comunista.

A otros, en cambio, parece que les molestó profundamente que la pareja hubiera tomado esa determinación y se sintieron ofendidos. Por ejemplo, un artículo publicado en el periódico *Le Populaire*, decía:

¿Tenía derecho a traicionarnos y abandonarnos? ¿Tenía derecho a no creer en nosotros? No creyó que los camaradas no le dejarían ser un indigente, no creyó que tendríamos recursos suficientes para ofrecerle una vejez despreocupada. No entendía lo que su presencia y la de la única hija superviviente de Marx significaba para el partido.

Algunos socialistas españoles también les rindieron tributo en forma de artículos.

La muerte de Paul Lafargue y Laura Marx

Juan José Morato

Publicado en La Palabra Libre, 1911

¿Qué catástrofe, qué dolor pudo determinar al socialista francés Pablo Lafargue a quitarse la vida? Una enfermedad —dice el telégrafo—. Y no formulamos igual pregunta respecto de su esposa, Laura Marx, porque el gran pensador hizo de sus hijas seres afectuosos, de tanto corazón, de tan sensible y exquisita delicadeza, que no podrían sobrevivir a un desengaño tremendo ni a la pérdida del compañero que eligieran de por vida.

Hace años, Eleanor Marx, la gentil muchacha que hacía recitar a Anselmo Lorenzo los versos de Calderón para apreciar de labios castellanos las bellezas eufónicas de la poesía, se envenenaba con ácido prúsico, y este trágico suceso conmovía al mundo del socialismo internacional. Bien acomodada por su esposo Aveling; enriquecida por el legado paternal de Engels; alegre, risueña, sana de cuerpo y de espíritu, nadie adivinaba los móviles siniestros de la trágica resolución.

Liebcknecht hizo saber que el culpable de tal desgracia era Aveling, que faltara a la fe jurada a su compañera.

Ahora parece que los padecimientos físicos determinaron a Pablo Lafargue a concluir con ellos y con su vida; Laura Marx le ha seguido.

Había nacido Lafargue en Santiago de Cuba, de familia rica; estudió mucho y se hizo médico. La Comuna de París lo arrastró al socialismo, y la caída de aquélla lo trajo emigrado a España, donde ingresó en la Internacional. Fue decisiva su presencia entre nosotros. Fundada la Internacional española por la propaganda de Fanelli, el amigo de Bakunin, el aliancista, el organismo estaba saturado de las ideas de abstención política, claramente expresadas en la Conferencia de Valencia. Lafargue era ya marxista, y bien pronto Mesa, Moro, Iglesias y otros bebieron de él la noción de que el proletariado debía constituirse en partido político de clase.

En España, Lafargue fue delegado al Congreso de la Internacional celebrado en Zaragoza, y, si no mienten nuestros informes, suyo es, en su mayor parte, el portentoso dictamen acerca de la propiedad que aprobó el Congreso.

De España se trasladó a Londres, donde se unió a Laura Marx, y volvió a Francia en 1878, cuando se promulgó la amnistía para los condenados o los comprometidos en los sucesos de la Comuna. Y allí trabajó en la fundación del partido obrero francés, juntamente con Guesde y Deville, y colaboró en el programa del histórico Congreso de Marsella, y después trabajó asiduamente en *L'Egalité*.

En *L'Egalité* principalmente publicó sus paradójicos trabajos, llenos de erudición, desconcertantes y siempre graciosísimos, “Pío IX en el Paraíso”, “El derecho a la pereza”, “La religión del capital”, y muchos más que merecieron ser traducidos a todos los idiomas cultos y que andan impresos en español.

No abandonó jamás la lucha, y más retraído andaba ahora, en los tiempos prósperos, que en los adversos, cuando tenía que trabajar mucho en un medio hostil, y no sólo trabajar, sino volcar la bolsa para que subsistieran los periódicos y pudiesen imprimirse los folletos y los libros y las hojas.

Fue diputado por Lille, y quiso repudiársele por haber nacido en Cuba; demostró que era francés, y tuvo asiento en el Parlamento, pronunciando discursos dignos hermanos de sus humorísticos escritos.

Conocía bien el castellano y era entusiasta de nuestra literatura, como Marx y como Engels, y en sus trabajos no faltan citas de autores castellanos, sobre todo el Romancero.

Laura Marx, su esposa, también deja huellas de su vida en la literatura socialista. Tradujo del alemán al francés el Manifiesto comunista, una bella traducción llena de primores literarios, por lo que resulta un poco apartada de la fidelidad. Esta traducción es lo que sirvió para la española.

Los dos esposos trabajaron mucho y bien por el proletariado militante. Este recordará siempre sus nombres, y se sentirá conmovido por esta romántica desaparición de dos seres a los que unía inextinguible cariño.



Anselmo Lorenzo

A la memoria de Paul Lafargue y Laura Marx

Anselmo Lorenzo

Publicado en *La Palabra Libre,* 1911

El doble, original y, digan lo que quieran los rutinarios, hasta simpático suicidio de Paul Lafargue y Laura Marx, que supieron y pudieron vivir unidos y amantes hasta la muerte en la ancianidad, ha suscitados mis recuerdos, aquellos recuerdos juveniles que representan la vivacidad y alegría de la plenitud de la vida, tristemente comparados con la actualidad.

Conocí al matrimonio suicida en Madrid en 1872. Él, de inteligencia poderosa y varonil, y afabilidad femenina; ella soberanamente hermosa, infundía respeto y admiración, tanto por su belleza como por su aspecto de amable superioridad. Encargado por el Consejo federal de la Federación española de la Internacional de redactar un dictamen sobre la propiedad, para ser presentado al Congreso regional de Zaragoza, fui a casa de Lafargue muchas veces para consultarle, y con su conversación y amable trato aprendí más que con todas mis lecturas anteriores y muchas de las posteriores. Diría que mi personalidad se fijó allí y entonces, siendo lo que soy, valga lo que valga, formado por aquel filósofo revolucionario.

Lafargue fue mi maestro. Su recuerdo es para mí casi tan estimable como el de Fanelli. Se ha dicho de mí que soy pesado, que soy el dómine de la lección única, algo así como la destemplada caja de música, que sólo produce una sonata. Quizá sea verdad; yo no lo sé; mas si fuera cierto, deberíase a que aquel concepto de la propiedad, tan magistralmente expuesto, me pareció de tanta importancia, y vi después tanta inclinación a

desviar el proletariado de la vía emancipadora, que me impuse, como objetivo de mi vida, la protesta contra aquellos de quienes el Código presume que son autores de todas las obras, siembras y plantaciones, y el señalamiento de todo conato de desviación. ¡Ojalá hubiera producido el mismo efecto que a mí la amistad de Lafargue a Pablo Iglesias y a Paco Mora! Quizá no andaría el proletariado español tan dividido en anarquistas, socialistas y masa neutra.

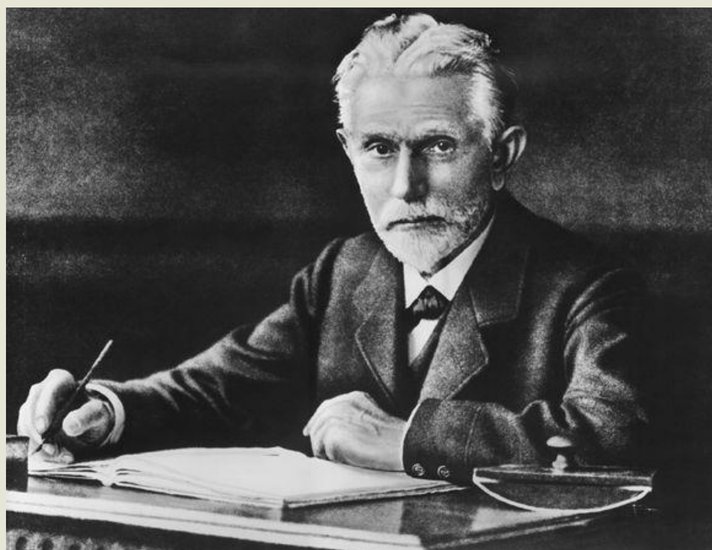
Porque en Lafargue había dos aspectos diferentes que le hacían aparecer en constante contradicción: afiliado al socialismo, era anarquista comunista por íntima convicción, pero enemigo de Bakunin por sugestión de Marx, procuró dañar al anarquismo. Debido a esa manera de ser, producía diferente efecto en quienes con él se relacionaban, según la pasta propia de cada individuo; los sencillos se confortaban; pero los tocados por pasiones deprimentes trocaban la amistad en odio, produciendo cuestiones personales, escisiones, y creaban organismos que, por vicio de origen, darán siempre fruto amargo.

Pasó aquella época; no volví a ver a Lafargue ni con él tuve correspondencia, y quizá nada hubiera escrito sobro este triste asunto, si a ello no me hubiera inducido la mención del citado dictamen, hecha por mi amigo Morato, el simpático redactor obrero del Heraldo de Madrid. En efecto, de aquel dictamen fue Lafargue el autor principal, eI que suministró la mayor parte de las ideas, correspondiéndome la parte menor y la forma, porque Lafargue, aunque hablaba español, no dominaba el idioma para poder escribirlo (…)

Me complazco en unir este recuerdo a las honras tributadas por los trabajadores de París a Paul Lafargue y a Laura Marx, ante el horno crematorio del Pere Lachaise.

4

Mi abuelo, Freddy Demuth, nunca llegó a saber de quién era hijo, pero dudo que aceptara el relato que afirmaba que nació fruto de una relación de Friedrich Engels con Helene, la criada de los Marx. Esa incertidumbre le acompañó toda su vida, le indujo a ser retraído, y su naturaleza tímida y su escasa formación le impidieron investigar más al respecto.



August Bebel

Yo supe la historia porque me la relató mi padre, Harry Demuth, quien a su vez la conoció de labios de la señora Louise Freyberger, testigo directo de los hechos, presente en el momento en que Engels lo confesó todo. Consideró que era mejor que mi abuelo nunca conociera su paternidad, y por eso nunca se lo contó, pero sí quiso que mi padre la conociera. Además de ella, mi padre y yo, han conocido el secreto su marido —el doctor Ludwig Freyberger—, Samuel Moore, Karl Pfänder, August Bebel y Friedrich Lessner. También lo supo Eleanor Marx, quien se lo contó a Edward Aveling y a su hermana Laura. Dado que tanto Eleanor como Aveling murieron hace mucho tiempo —en 1898—, que Laura y su marido se suicidaron en 1911, que no se lo confiaron a nadie más, y que todos prometieron no decir nada, pocas personas han sabido el secreto más oculto y terrible de Karl Marx. Lamentablemente para la posteridad y para los historiadores, la correspondencia de Marx, su mujer, sus hijas y Engels fue cribada en varias ocasiones para evitar dejar testimonios excesivamente comprometedores. Después de morir Marx, Engels se hizo cargo de esta tarea, y después de morir éste Eleanor y Laura tomaron el relevo censor. Un claro ejemplo de lo que digo es que Marx y Engels se escribían casi a diario, y sin embargo hay un hueco en la correspondencia de las dos semanas posteriores al nacimiento de Freddy. Parece que alguien no quiso que se supiera de qué hablaron los protagonistas de los acontecimientos.

Posiblemente algún día se conozca todo esto gracias a algún documento que lo revele, pero confío en que se difunda cuando se haga público este escrito que ahora estoy redactando, dado que espero que la gente me crea. Por otra parte, no oculto que me llena de orgullo ser yo quien revele los hechos para la posteridad. No soy socialista ni comunista; tampoco tengo nada en contra de ellos ni quiero dar argumentos a sus enemigos, pero sí deseo que se sepa la verdad. Marx tuvo un hijo ilegítimo y la historia debe saberlo.

Mi abuelo Freddy, aun sin formación académica, llegó a tener un buen empleo gracias a que era un trabajador muy aplicado; de hecho, fue admitido en la Sociedad de Trabajadores Especializados. Trabajaba como ajustador y tornero, y gracias a su buena posición tenía derecho a subsidio de desempleo y por enfermedad y a pensión de jubilación. Se casó en 1873 con Ellen Murphy, en la parroquia de St. George, en Hanover Square y vivieron algún tiempo en Whitehorse Street, Piccadilly. Su hijo, Harry —mi padre—, nació en 1882. Poco después ocurrió el episodio más duro de su vida: su mujer le abandonó por un soldado.

Posteriormente vivió, junto con su hijo, durante mucho tiempo, en la Avenida Grandsden, una pequeña callejuela llena de viviendas para obreros, en el número 25, donde compartían casa con la familia Clayton, formada por Henry, su mujer y sus tres hijos. Henry y mi abuelo eran muy buenos amigos: compartían el mismo trabajo, las mismas aficiones y los dos eran socialistas, si bien no del ala revolucionaria, sino reformista. De hecho, mi abuelo colaboró en la organización de una sección del Partido Laborista.

Freddy era pequeño, tranquilo y con buen porte, y llevaba mostacho. Era callado y de buenos modales, algo distante. Era bondadoso y ayudaba a todo el que lo necesitaba. Vestía muy bien y destacaba entre los demás obreros por su aspecto. Su forma de hablar era correcta, con una voz clara, aunque un poco aguda. No había recibido educación formal, pero le gustaba instruirse y su estilo de redacción no era del todo malo. Transcribo a continuación la única carta que se conserva de él.

> De: Freddy Demuth
>
> A: Laura Marx
>
> 10 de octubre de 1910
>
> Mi querida Laura. Hace tanto tiempo que no sé nada sobre ti que me tomo de nuevo la libertad de escribirte, lo cual debí haber hecho antes, pero deseaba escribirte noticias mejores sobre mí y sobre mi hijo y su familia, y me complace decir que puedo hacerlo yo por mí mismo. Te alegrará saber que estoy bien de salud.

Alrededor de 1905, los Clayton se mudaron a Rushmore Road y mi abuelo alquiló un apartamento en los sótanos de Dunlace Road. En 1914 cambió de trabajo, y aunque tenía cincuenta y tres años, para que le admitieran mintió sobre su edad y dijo que tenía cuarenta y cinco. También en ese nuevo trabajo destacó enseguida, los aprendices le

consultaban los problemas y cobraba algo más que los demás mecánicos. Ahorraba todo el dinero que podía e incluso llegó a invertir algo.



Londres

En 1919 se mudó a otra casa, en la calle de Reighton Road. Le habían subido el sueldo y quería una vivienda consecuente con su mejor posición social. En 1924 se jubiló y comenzó a recibir dos pensiones, correspondientes a los dos empleos distintos que había ejercido. Le habría gustado no jubilarse, pero por su edad ya no era capaz de trabajar correctamente.

Por aquel tiempo, mi abuelo era ya un anciano que vivía con su ama de llaves, la señora Laura Ann Payne. En 1926, buscando más comodidad, se trasladó a la calle Stoke Newington Common, a una típica casa de clase media, con tres pisos. Allí murió el 28 de enero de 1929, de fallo cardíaco.

Tres días después incineraron el cadáver en el crematorio de Golders Green y esparcieron las cenizas por el jardín. En el testamento dejó la décima parte a un amigo, un tal Jimmy Hill, la cuarta parte a su ama de llaves, y el resto a su hijo, es decir, a Harry Demuth, mi padre. Toda la herencia ascendía a mil novecientas setenta y una libras, una cantidad muy elevada para esos años y para un obrero, lo que podríamos llamar una pequeña fortuna. Gracias a ella, mi padre y yo hemos podido vivir desahogadamente, y ni él ni yo hemos tenido que trabajar más de lo estrictamente necesario.

Mi abuelo nunca se interesó excesivamente por la teoría política, aunque sí por temas prácticos y sindicalistas. Nunca le interesaron las doctrinas marxistas, sino que se declaraba reformista. Que yo sepa, no leyó el *Manifiesto Comunista* ni *El Capital*, pero, a diferencia de su padre, Karl Marx, supo vivir de su trabajo y dar la importancia que merece al dinero ganado con esfuerzo.

Para escribir lo que sigue he tenido que investigar un poco; espero que el resultado merezca la pena. La familia de Karl Marx tuvo descendientes, procedentes del matrimonio entre Jennychen y Charles Longuet. La pareja tuvo en 1873 un primer hijo, llamado Charles, que murió con menos de un año. El segundo, nacido en mayo de 1876, se llamaba Jean Laurent Frederick, y se le conoció como Johnny. Marx adoraba a este niño, su primer nieto. Johnny siguió los pasos de su padre y de su abuelo y se convirtió en uno de los líderes del Partido Socialista Francés. Murió en 1936, dejando dos hijos, Robert (nacido en 1899), que fue abogado, y Karl (nacido en 1904), que fue escultor.

El tercer hijo del matrimonio Longuet se llamó Henry, conocido como Harry. Nació en 1878. Era delicado de salud y retrasado mental. Murió en 1881. El cuarto hijo nació el 18 de agosto de 1879, se le puso el nombre de Edgar y se le conoció como Wolf. Se convirtió en médico y fue miembro del Partido Socialista Francés. En 1938 se afilió al Partido Comunista. Murió en 1950, con 71 años, dejando tres hijos y una hija, de nombres Charles (nacido en 1901), comerciante; Frederic (nacido en 1904), pintor; Jenny (1906-1939); y Paul (nacido en 1909), que se fue agricultor en Madagascar.

En abril de 1881 nació el quinto hijo de Jennychen y Longuet, Marcel. No participó en política y murió en 1949. El 16 de septiembre de 1882 nació el sexto hijo, una niña, que murió en 1952. Tuvo un hijo, Charles Jean Longuet, que fue escultor del que se sabe que en los años setenta vivió en París con su mujer Simone y sus dos hijas, Frederique y Anne.

Karl Marx siempre quiso tener un varón, pero sólo tres hijas superaron la niñez. Tuvo un varón que murió con ocho años, Edgar, y otro con apenas unos meses, Guido. Pero tuvo otro que sí llegó a adulto —mi abuelo, Freddy Demuth— y que nunca reconoció como hijo, sino que quiso esconderlo a los ojos de su tiempo y al registro de la posteridad. Si le hubiera reconocido, su apellido se habría perpetuado; sin embargo, después del suicidio de Laura, desapareció el apellido Marx. Mi padre, Harry, hijo de Freddy, tuvo ocho hijos. Yo soy uno de ellos, y me llamo David Demuth, no David Marx. Lo que yo mismo he relatado, junto a las memorias de Eleanor y Laura, ya forma parte de la historia, la historia de las hijas y el bastardo de Karl Marx.



Freddy Demuth, el hijo ilegítimo de Karl Marx

FIN DE LA NOVELA

Bibliografía:

- Blumenberg, Werner, *Marx*. Editorial Salvat.
- Buultjens, Ralph, *The Secret of Karl Marx*. Express Books.
- Durand, Pierre, *La vida amorosa de Marx*. Libros Dogal.
- Enzensberger, Hans, *Conversaciones con Marx y Engels*. Editorial Anagrama.
- Evans, Faith (editor), *The Daughters of Karl Marx*. Penguin Books.
- Giroud, Francoise, *Jenny Marx o la mujer del diablo*. Planeta.
- Hunt, Tristam, *El gentleman comunista*. Editorial Anagrama.
- Kapp, Yvonne, *Eleanor Marx* (dos volúmenes). Pantheon Books, New York.
- Padover, Saul, *Marx: An Intimate Biography*. Mass Market Paperback.

- Payne, Robert, *El desconocido Karl Marx*. Editorial Bruguera.
- Payne, Robert, *Marx, su vida y su leyenda*. Editorial Bruguera.
- Peters, H. F., *Red Jenny – A life with Karl Marx*. Allen & Unwin.
- Rubel, Maximilien, *Crónica de Marx*. Editorial Anagrama.
- Silveira, Maria José, *Eleanor Marx, hija de Karl*. Txalaparta.
- Tsuzuki, Chushichi, *Eleanor Marx – A Socialist Tragedy*. Clarendon Press.
- Wheen, Francis, *Karl Marx*. Editorial Debate.